

«Libro a la gorra»

Este es un «libro a la gorra». Yo imprimo y facilito los ejemplares, con el deseo de que circulen entre los lectores.

El libro es un vehículo para mi obra. Si te gusta, podés apoyarla con una contribución voluntaria. Este sistema me permite publicar sin depender de la burocrática e incierta industria editorial.

Hay varias formas de realizar un pago:

- **Efectivo.**
- **Banco:** el alias es *jmguerrera1*
- **Paypal/Tarjeta:** paypal.me/jmguerrera
- **Mercado Pago:** jmguerrera@gmail.com o mediante el código QR que puede encontrarse en mi sitio web.
- **Binance:** *jmguerrera* o mediante el código QR que puede encontrarse en mi sitio web.

Si tenés otras ideas, contactame. Gracias :)

Viaje de regreso a las postales

Juan Manuel Guerrero

A quienes viajan, en el espacio, en el tiempo, en la perspectiva..

Introducción

Es marzo de 2023.

Durante los últimos diez años tuve la fortuna, o la determinación, de viajar por el mundo. Visité muchos países de América y Europa, bastantes de Asia, pocos de África y ninguno de Oceanía.

Durante el mismo período de tiempo, me dediqué con extraña convicción a la escritura de relatos, amparado en la preocupante certeza de que si algo tenía sentido en mi vida, de que si algo podía salvarme (en el sentido más metafísico y dramático del término), era escribir.

Hace tres años, comencé a publicar *libros selección*, compilaciones de los mejores relatos de mis libros originales. Lo hice con la intención de apuntalar el deficiente rendimiento económico de mis *libros a la gorra*, partiendo de la hipótesis de que los libros originales eran malos. Publiqué tres libros selección, sin que ese rendimiento se diera por aludido.

Este nuevo fracaso parcial abría dos posibilidades. Una, los libros selección también eran malos. Dos, la performance económica de los libros a la gorra no dependía de su calidad. Al día de hoy, esas nuevas hipótesis continúan en estudio.

Esta es la primera vez que publico un *libro selección temático*. Y el tema, como ya puede vislumbrarse, son los viajes. “¿Es un libro sobre tus viajes?”, puede que alguien todavía se pregunte. “No, pero se parece más que el resto de mis libros”, sería la respuesta apropiada.

En esta ocasión, no hice una selección para poner a prueba ninguna hipótesis, sino por puro y arbitrario placer. Es más, ya me permito saborear los temas de las próximas selecciones: amor, héroes, tango, instrucciones (mi lado ingenieril).

Es posible pensar que tal vez no sea yo quien ordene los relatos de mis libros de acuerdo a esos temas, sino que sean ellos mismos quienes lo hacen a partir de mis pasiones. Si ese llegara a ser el caso, mi humilde y subalterna tarea se limitaría tan solo a seguir escribiendo.

Además de ser a la gorra, este libro se publica bajo una licencia muy libre de *Creative Commons*. Esto quiere decir que todo el mundo puede imprimirlo, venderlo y hacer millones con él. De conseguir alguien esto último, agradeceré que me comparta los pormenores de la experiencia.

Cumplida la obligación de unas palabras introductorias, pasemos de una buena vez a los relatos.

Viaje de regreso a las postales¹

Para Tako.

Hacía tiempo que había dejado de enviar postales. La decepción había logrado derrotarme. En mi explicación, los destinatarios de mis postales habían sido los responsables fundamentales de ese desengaño. En la cruda realidad, el responsable siempre había sido yo, por haber puesto alguna expectativa en ellos.

Bien lo sabe Osvaldo Robledo, enviar una postal es un acto de amor. Elegirla, escribirla, investigar cómo funciona el correo en tierras extrañas, conseguir la dirección del destinatario (en lo posible sin alertarlo para no arruinar la sorpresa) y, por último, pagar el envío. Muchas veces, las postales ni siquiera llegan.

Como ocurre con toda muestra de afecto, quien la ejecuta queda sometido a las consecuencias de su accionar, en una delicada posición de vulnerabilidad. Ofrece su corazón y queda expuesto.

La más dura de las respuestas es, sin dudas, la indiferencia. El destinatario recibe la postal, pero ni siquiera la agradece. Mucho peor, ni siquiera avisa que la recibió. Es difícil no imaginar a esa persona recibéndola y tirándola directamente a la basura.

Algunos podrían objetar que el caso de mi amigo Germinio fue todavía peor. Utilizó la postal que le había enviado para emparejar el enduido sobre una porción de pared antes de pintarla. Es cierto, el uso de la postal fue controvertido, pero al menos valoró y agradeció con énfasis el envío. “Era domingo y estaba todo cerrado, me salvaste la vida”, me dijo con algo de exageración argentina.

Ya sin el extremo de estos casos, las reacciones de los destinatarios de mis postales habían sido ligeramente variadas, pero sobre todo pobres y tibias. Muy pocos habían devuelto mi propuesta con algún gesto equivalente. Si había enviado cien postales, en respuesta había recibido unas cuatro o cinco. Por supuesto, todos tenían el derecho a no responder. Simplemente, me lamentaba de que ese desafío a la monotonía no hubiera prosperado.

Así, lenta y progresivamente, mi motivación para enviar postales fue decreciendo hasta desaparecer. Ese posible rincón de magia terminó por extinguirse y la vida —la mía y la de los destinatarios— se volvió más gris, quizás sin que nos diéramos cuenta. En mi caso, di un paso más en dirección a la “adulterez”. Me volví un poco más duro, más descreído y más escéptico. Y eso, seguramente, precipitó otros nuevos pasos en la misma dirección, de los cuales tal vez ni siquiera soy consciente todavía.

Esa triste despedida del mundo de las postales tuvo, sin embargo, un punto de quiebre. Fue durante el viaje que me llevó desde Georgia hasta Armenia. Como si mi endurecimiento ante la vida hubiera sido solo un invierno o una glaciación, ese humilde viaje de cinco horas fue primavera o deshielo. Lo fue, sobre todo, porque logré sobrevivirlo.

Era verano. Yo había pasado unos días en Tbilisi, la capital de Georgia. Había recorrido sus calles caóticas, sus interminables bares con buen vino y hasta me había aventurado a subir a la Fortaleza durante una tarde demasiado calurosa. Había probado los Khinkali y los Khachapuri. Había presenciado en las calles los disturbios relacionados a los históricos problemas con Rusia. Había confirmado con sobrada certeza la pertenencia de los georgianos al selecto grupo de las naciones más bizarras del mundo, entre cuyos integrantes más destacados yo había nominado a Rusia, Italia y Argentina.

Me consideraba listo para partir hacia Armenia.

El medio de transporte recomendado para ir hasta Yerevan, la capital de Armenia, era la minivan. Se tomaba junto a la estación de metro de Avlabari, no lejos del Centro Histórico. Lo más impresionante y distintivo de ese lugar era la mole edilicia que se levantaba detrás de la pequeña entrada a la estación de metro. Justo enfrente, un número variable de estos vehículos reunían pasajeros y salían hacia diversos puntos de Georgia y sus alrededores.

Me subí a una de las minivan. Era aceptablemente moderna y tenía lugar para siete pasajeros. Además de mí, había cuatro mujeres adultas que supuse armenias y una pareja de japoneses. Había una señora junto al conductor, una señora a cada uno de mis lados en la primera fila y una señora atrás, junto a los japoneses. Al parecer, mujeres y turistas eran el público principal de las minivan, ya que los hombres —“los verdaderos hombres”— tenían su propio auto.

El conductor me pareció ruso, así que lo bauticé Iván. Tendría unos cuarenta años y estaba semipelado. Usaba unos anteojos espejados y multicolores, además de vestir una chomba que decía Georgia en grandes letras. Más tarde me enteraría de que era armenio. Lo único que le faltaba para completar un personaje sin fisuras era escuchar música regional de baja calidad, preferentemente con volumen alto y durante todo el viaje, una pesadilla que por suerte nunca llegó a materializarse.

La característica más sobresaliente de Iván, sin embargo, era la de ser un conductor suicida. Un demente que durante cinco horas nos llevaría hasta los mismísimos límites de la existencia. Desde las ventanillas, en esos confines terrenales, podía verse el vacío interminable de la muerte.

Iván salió de la ciudad con invisible elegancia. Respetó los semáforos, los cruces peatonales y las velocidades máximas. Todo anticipaba un viaje tranquilo y sin sobresaltos que nunca llegaría a completarse.

En cuanto dejamos la ciudad, Iván comenzó a padecer la indeseada metamorfosis. Los paisajes relativamente abiertos y la disponibilidad de espacio en la ruta se fueron concentrando de un modo misterioso sobre su pie derecho. Su paciencia con los autos que iban delante se agotó demasiado rápido. A fuerza de acelerador y volante, comenzó a pasarlos con apetito devorador.

Mientras la tendencia de Iván acelerar se acentuaba, yo me acomodaba cada vez mejor en el asiento. Después de un rato, me puse el cinturón de seguridad, práctica recomendada que hasta ese entonces había considerado opcional. Y me entregué a un estado de tensión permanente. A pesar de la creciente incertidumbre, la experiencia era todavía tolerable. Aún no creía que todos moriríamos. Además, uno tenía su orgullo. No era cuestión de admitir ante todos que uno tenía miedo, al menos no demasiado rápido ni con demasiada facilidad.

El viaje realmente empeoró cuando el paisaje se volvió montañoso y las rutas se enroscaron como una serpiente a la defensiva. Esta súbita elevación del camino ocurrió dentro de la primera hora de viaje. A medida que subíamos, los alrededores se volvían más y más campestres. Los carteles eran indescifrables. Los jirones del período comunista también se hacían más visibles. La occidentalización del país parecía llegar más tarde al interior.

La ruta también parecía haber sido construida antes de la Caída del Muro. Era una franja de pavimento ancha y deteriorada. En casi toda su extensión estaba destruida y no contaba con una gota de pintura que la señalizara. A juzgar por lo cerca que pasábamos de los autos que venían en sentido contrario, la ruta tendría de ancho unos tres carriles imaginarios bastante ajustados. Por simple efecto psicológico del terror, la ruta parecía angostarse cuando no lográbamos pasar a tiempo a los camiones o cuando pasábamos a otros vehículos pero en las curvas más cerradas. De hecho, el momento más *psicoangosto* de la ruta era cuando ambas cosas ocurrían a la vez.

Lejos de moderarse, Iván se exacerbaba a medida que el camino se volvía más complejo. En lugar de atemperarse, se liberaba de las ataduras del sentido común. En las antípodas de la prudencia, era como un fuego voraz que crecía ante los obstáculos.

Por si la enajenación mental de Iván fuera insuficiente, con cada peligrosa maniobra que nuestra exigida minivan ejecutaba, crecía en mí la certidumbre de que la ruta estaba llena de Ivanes. Cada tanto, cuando nuestra minivan iba inusualmente plácida por el carril propio, eran otros autos los que nos amenazaban de frente hasta el último segundo. Hasta Iván tenía que ceder y correrse a la derecha, fuera del camino, para buscar la preciosa supervivencia. Es decir, si por alguna razón hubiéramos podido librarnos de las garras de nuestro conductor, entonces todavía habríamos tenido que salvarnos de sus interminables réplicas.

El recurrente *juego de la gallina* al que Iván nos sometía me llevó a detener mis observaciones en el parque automotor. Los autos se dividían en tres grandes grupos. Autos modernos, autos Mercedes Benz antiguos y bien mantenidos, y autos soviéticos indescritibles, entre los cuales se destacaba el clásico Lada pequeño y blanco. Entre los camiones, los había grandes de carga, viejos de trabajo en el campo y, ya en Armenia, unos militares pequeños y algo destartados.

El control fronterizo entre Georgia y Armenia fue el primer momento de verdadera calma en nuestro imparable camino hacia El Otro Mundo. Bajamos. Sentí un placer infinito tan solo por volver a dar unos pasos, llenarme de aire fresco los pulmones y mirar las montañas sin la contaminación de las ventanas. ¡Qué hermoso era estar vivo! ¿Por qué, por qué tenía que dejar este mundo tan pronto?

Los controles fronterizos fueron de lo más normales. Ninguna irregularidad nos regaló unos minutos adicionales, por lo que retomamos nuestro camino sobre terreno armenio hacia Yerevan.

A pesar de estar lejos de las conflictivas zonas fronterizas con Turquía y Azerbaiyán, la presencia militar en el norte de Armenia era llamativa. El pésimo estado de los vehículos y la desdibujada apariencia de los militares que los conducían me producían más lástima que temor.

Mis digresiones reflexivas eran pequeños espejismos de distracción condenados a no durar. El motor de la minivan acelerando o las bocinas de los demás vehículos me secuestraban con violencia y, tomándome por la nuca, me obligaban a volver a enfrentarme cara a cara con el abismo.

Las señoras armenias, en cambio, no se dejaban impresionar con facilidad. Dormían u operaban sus teléfonos móviles. Estaban más allá de Iván y sus maniobras. Yo no podía dejar de preguntarme si realmente estaban relajadas o si tan solo practicaban una de las tantas formas de la evasión.

La tortura parecía no tener fin. Cuando yo creía que habíamos llegado al límite de lo soportable, los retos de la realidad iban todavía un paso más allá. Por ejemplo, en un momento comenzaron a aparecer vacas en la ruta. Cada vez que Iván tomaba una curva sin bajar la velocidad, no solo nos exponíamos a un auto de frente, o a dos, o a un camión, o a dos, sino también a la posibilidad de un rebaño. También existía el peligro de encontrar una de las tantas personas que, inconscientes, caminaban por el costado de la ruta. O, más inexplicable todavía, uno de los escasos *guiris* (europeos del norte) que buscaban la muerte heroica, o la cuatriplejía, viajando en bicicleta por la ruta a esa hora infernal del mediodía.

Lo admito. Hubo momentos donde creí que chocar una vaca, una persona o un ciclista sería la única forma de salir vivos —nosotros— de ese viaje. El shock anímico, la policía y un regreso en ambulancia nos garantizarían la supervivencia. Sí, en algún recóndito punto de mi ser, lo deseé. Obligado a elegir una víctima, hubiera optado por el ciclista.

Luego del primer incidente grave, protesté con gestos clarísimos ante Iván. Las señoras armenias se rieron. Iván también y, además, buscó tranquilizarme con unas palmadas en el hombro. Nada cambió. Los japoneses estaban inmóviles y, claro, jamás dirían nada. Con enorme probabilidad, preferían la muerte que la confrontación pública.

La inutilidad de mi reclamo me llevó a considerar la próxima y quizás única alternativa eficaz disponible. Me refiero a abandonar la minivan. Esta posibilidad implicaba bajarme en el medio de la árida montaña armenia, con casi cuarenta grados de temperatura y sin la más remota idea sobre cómo continuar el viaje. Y con la fuerte sospecha de que, de una forma u otra, terminaría en un vehículo también conducido por un enajenado.

El destino era claro. Mi vida en el viaje estaba condenada a quedar en manos de un Iván, fuera el original o no. En ese punto, al estilo japonés, prefería morir de manera súbita en las manos crueles del Iván original que abandonarme a un polvoriento destierro en la lejanía. Esa también era una muerte, pero más lenta y dolorosa.

A esa altura de los acontecimientos, solo quedaba a mi disposición la impalpable religiosidad, el recurso que yo siempre había despreciado. Miré con mi inagotable escepticismo la cruz y el pequeño Gregorio I El Iluminador que colgaban del espejo retrovisor de la minivan y, con los ojos muy cerrados, les pedí que cuidaran de Iván. En particular, le imploré a Gregorio que cumpla su misión y lo iluminara. Si no era por él, entonces al menos por nosotros, desconocidos que, aunque ateos, honraban con su presencia ese sagrado suelo ortodoxo, hogar de la primera iglesia cristiana del mundo. Igual plegaria secreta elevé ante cada una de las iglesias de inconfundible arquitectura armenia que se levantaban, silenciosas y concesivas, al costado de la ruta.

Mientras oraba en silencio por Iván, no pude evitar preguntarme qué le pasaba a este hombre. ¿Qué oscura insatisfacción lo empujaba a jugarse las vidas de todos a cara o cruz en cada curva cerrada del camino? ¿Qué fuerza lo arrastraba, cada vez que decidía pasar un camión demasiado largo, a cargar una sola bala azarosa y dispararse en la sien? ¿Qué insondables infiernos lo atormentaban en Tbilisi o Yerevan?

Pensé en el aburrimiento. ¡Qué cruel era una vida saturada de tedio! Por un momento, sentí una compasión infinita por el pobre Iván. Cada día, quizás más de una vez, quizás para siempre, un eterno retorno a esa ruta subdesarrollada e hirviente. Cada día el mismo paisaje, las mismas curvas y los mismos pueblos casi fantasmas, con las mismas señoras a un costado sosteniendo un paraguas para protegerse del sol agobiante. Y también con los mismos caños soviéticos sobre la superficie, a veces amarillos y tal vez de gas, sumando otro factor explosivo a la anarquía del tránsito en esa ruta donde, no sabía bien por qué, no se veían víctimas fatales por todos lados.

Hacia la mitad del viaje, tuvimos un nuevo oasis de distensión nerviosa. La minivan necesitaba cargar gas. La estación de servicio, como un precioso oasis de agua fresca, nos brindó un breve reparo del desierto mortífero en el que se había convertido aquella ruta del norte armenio. Una vez conectada la minivan a uno de los cargadores, el procedimiento exigía que los pasajeros se bajaran por razones de seguridad. Iván y las señoras se bajaron. El riesgo para ellos, sin dudas, era altísimo. No era mi caso. Yo no creía que el viaje que estábamos haciendo pudiera ser todavía más riesgoso. Ya que me consideraba un hombre muerto. Que la minivan explotara por la carga del gas comprimido o no, no cambiaba en absoluto la ecuación. Hasta quizás, la posible explosión era un favor que San Judas Tadeo y San Bartolomé me regalaban para ahorrarme más sufrimiento antes del desenlace definitivo.

Si me bajé de la minivan no fue por prevención, sino para disfrutar de estos valiosos últimos minutos. Sediento de paz, bebí del agua de una posible última caminata. Fui al pequeño mercado y no me privé de nada. Compré chocolate, helado y gaseosa con azúcar, para mí y para el resto de los pasajeros, buscando endulzar un poco las últimas pinceladas tristes de una vida mediocre e insignificante, fácilmente olvidable hasta para mis contemporáneos. Cruel era el destino. No solo me privaba de algún tipo de relevancia en mi corto paso por este mundo, sino que también me obligaba a ser consciente de ello justo antes de mi partida.

La carga completa de gas en la minivan y la consecuente necesidad de partir me evitó seguir hundiéndome en las depresivas circunstancias del epílogo.

Por supuesto que durante la hora que siguió hubo más. Junto al predominante sentimiento de miedo físico y primario, crecieron en mí dos nuevas sensaciones que buscaron disputarle la supremacía. La primera, un gran cansancio, producto de una noche demasiado corta, el calor de la mañana y la tensión desgastante del viaje. La segunda, unas intensas náuseas, hijas de lo anterior, pero también de las curvas y del festín de azúcar que acababa de darme.

Lo único que me faltaba era vomitar en la minivan. Puse las pocas fuerzas que me quedaban al servicio de evitarlo. Eso profundizaba mi sueño y, por momentos, no podía evitar el cabeceo. El cinturón de seguridad, de relativa utilidad a la hora de salvarme de un choque frontal en la montaña,

servía por lo menos para que el bamboleo de la minivan me evitara caer sobre las señoras armenias.

Yo estaba acorralado. No tenía fuerzas ni para sufrir. Lo único que podía hacer era aguantar. Con los brazos sobre el rostro, recibía inconsciente los golpes de Iván. No esperaba que cambiara su forma de conducir, ni bajarme, ni siquiera continuar viviendo. Lo único que deseaba, mi último y miserable objetivo, era no vomitar.

Sobre el final del camino montañoso, estaba casi desvanecido. Veía polarizado y el mundo se tambaleaba a mi alrededor, como si hubiera tomado una excesiva cantidad de delicioso vino georgiano. Con dificultad, escuchaba el motor acelerando, los frenos y las bocinas.

Bajé los brazos. “Iván, ya podés dar tu golpe de nocaut”, me rendí. Lo esperé con infinita calma, diría que hasta con deseo. Solo quería que aquello terminara. Pero el golpe no llegó, ni llegaría nunca.

En su lugar, una suavidad inesperada se fue apoderando del ambiente. Una milagrosa parsimonia comenzó a envolverme en algodones y música ambiental.

La montaña había terminado. Entrábamos en la etapa final del camino, una autopista deslumbrante. El camino era recto como la verdad. El pavimento era tan nuevo que daba culpa transitarlo. La pintura era más brillante que las estrellas de Kajetia.

Yo quería llorar de la emoción. Creo que nunca me había sentido tan pleno como cuando llegamos vivos a Yerevan. La felicidad, siempre tan esquiva, me inundó como un río de lluvias. Sí, la felicidad, ese momento de excitación desmedida, de irreal convicción, de realizado sueño.

Decidí que esta nueva vida, una inmerecida segunda oportunidad, comenzaría con un paso atrás. ¿Valía la pena una vida mesurada, medida, recortada por las expectativas? ¿Tenía sentido autolimitarse a la altura de los demás? ¿Importaban, acaso, las consecuencias de no hacerlo? ¿No era la indiferencia ante esas consecuencias, después de todo, el hecho que diferenciaba a los verdaderamente vivos?

Antes de descubrir que Yerevan estaba llena de vida, y de enamorarme al caminar por sus calles, y de disfrutar el agua helada que me regalaban sus inagotables bebederos públicos, antes que todo eso y más, entré al primer local de *souvenirs* que encontré cuando me bajé de la minivan. El negocio exponía innumerables postales. Compré todas las que me gustaron y sus correspondientes estampillas. De entre ellas, elegí la más

hermosa. Completé la dirección inolvidable y pegué la estampilla. El mensaje no tuve que pensarlo: “Vieja, te quiero mucho, no sabés cuánto te extraño”.

El fugitivo

Para Fabián.

No resulta difícil conseguir información sobre Dagan Zhou. Una simple búsqueda en Internet nos permite saber que se trata de un antiguo diplomático chino. Es recordado hasta el día de hoy por sus crónicas de viaje al Imperio Khmer, localizado en el territorio de la actual Camboya. Allí prestó servicios para la realeza china hacia fines del siglo XIII. La información señala, también, que no existen registros oficiales (chinos) de esta misión diplomática y que son muy pocas las certezas sobre cómo transcurrieron sus días con posterioridad a la misión.

Las crónicas se titulan *Las costumbres en el Imperio Khmer* y son referidas en la actualidad como *Las costumbres de Camboya*. Tienen cuarenta páginas, tan solo un tercio del original (las páginas faltantes se consideran perdidas). En ellas, Dagan Zhou desarrolla (en una escritura china clásica, aunque con algunos localismos) la más completa descripción de la que se tenga registro sobre las costumbres diarias de los habitantes de Angkor, la capital del poderoso Imperio. Es considerada la ciudad más grande del mundo hasta los tiempos de la Revolución Industrial. Se estima que llegó a tener un millón de habitantes y que tan solo sus templos demandaron más material que todas las pirámides egipcias juntas.

Dagan Zhou también describe en detalle los magníficos Templos de Angkor y se detiene en el célebre templo de Angkor Wat. Destaca que “según las sabias instrucciones del Rey Khmer, se orienta hacia el Oeste, de espaldas al mañana (la salida del sol), en diametral oposición a todos los demás templos, a sus constructores (los reyes previos) y a todas las antiguas ideas fundamentales (Dios, la Muerte y el Tiempo)”. Debido a la falta del documento original completo, la sutil cita logra pasar desapercibida, inclusive para los estudiosos modernos. El Rey Suryavarman II, constructor de Angkor Wat, fue el primero de los Reyes Khmer en creer —o saber— que el tiempo podía ser recorrido arbitrariamente, inclusive en la dirección del pasado. No hay mención alguna, en cambio, sobre las penalidades que desataría la osadía de emprender ese viaje.

Con un poco más de estudio puede saberse, además, que Dagan Zhou fue portador de otros nombres, tales como Zhou Jianguan, Zhou Dake o Cao Ting Yimin (esto es, El Recluso del Patio de Techo de Paja). Sin embargo, no es sabido que cada nombre se correspondía con un tiempo, un lugar y un grupo de personas diferentes e independientes entre sí (si algo como eso es realmente posible). Y que existieron, al menos, tantas otras identidades como lo permite la duración del apogeo de la antigua China: Mei Ling Zhou, Zhou Akame, Zhou Lin, etc.

Podría continuar hablando sobre Dagan Zhou como mero recurso de entretenimiento, si no fuera porque tengo en mis manos otro documento, desconocido por las mayorías, titulado *Un registro de Mutul, la tierra y su gente*. En él, se describen las costumbres diarias de los habitantes del Reino de Mutul, uno de los más poderosos reinos del mundo maya. En particular, de la ciudad de Yax Mutul (la gran capital, hoy conocida como Tikal) y de sus majestuosos templos piramidales. Las crónicas constan de unas cien páginas. La escritura es maya, pero de una variante temprana de la costa del Pacífico (es decir, diferente de la ístmica que predominaba en el Reino) y su autor es Zazil Ha (esto es, Princesa de Agua). No hay mayor información sobre el autor, sobre la motivación de la obra o sobre textos relacionados, ya que estas crónicas constituyen uno de los escasos documentos mayas que sobrevivieron a la destrucción general perpetrada por los españoles, junto al Códice de Madrid, el Códice Dresde, el Códice de París y las páginas aisladas del Códice Grolier, cuya autenticidad es injustamente discutida.

Así como Dagan Zhou describe los templos de Angkor, Zazil Ha hace un pormenorizado recuento de los templos piramidales de Tikal. En especial, cautivan su atención los “complejos piramidales gemelos”, pirámides construidas de a pares, enfrentadas, de las cuales existen nueve. Y dentro de ese grupo, se detiene específicamente en el Complejo de Yaxhá, más pequeño y construido fuera de la ciudad (a unos 30 km), que según sus propias palabras “es el único de los nueve que se orienta de espaldas al mañana”.

La mera coincidencia de metáforas sobre un tema tan específico no solo es improbable. La estructura de las crónicas, el estilo narrativo y los aspectos que llaman la atención de Zazil Ha son de una condenatoria similitud a los de Dagan Zhou. La diferencia más notable puede encontrarse en las fechas. Las crónicas de Mutul del primero datan del año

546, mientras que las del Imperio Khmer del segundo lo hacen del año 1297.

Con mucha menos consistencia, otros personajes pueden añadirse a la cadena humana que tiene en Dagan Zhou y Zazil Ha sus más sólidos eslabones. Esos personajes (si es que el plural resulta aplicable), por ahora secundarios, son ulteriores en el tiempo y pueden ser rastreados en Roma, Londres y, más recientemente, en Nueva York.

Si algo nos enseña la Historia es que los mismos caminos conducen sin remedio a los mismos destinos. Poco parece haber aprendido Dagan Zhou de los trágicos, ineludibles y definitivos finales de sus predecesores. No ha querido comprender, acaso, que sus viajes resultan contrarios a La Ley.

Las grandes travesías no se acometen con la ayuda del Tiempo, sino a pesar de él. Como lo han hecho (su contemporáneo) Marco Polo, Cristóbal Colón o el gran viajero chino Xu Xiake. Muy diferente al de ellos, y mucho más triste, será el final de Dagan Zhou (y el de este relato).

Recorrer el tiempo con desparpajo no significa gobernarlo. Dagan Zhou puede tener mil nombres y vivir en mil lugares durante mil tiempos, pero es inevitable que el brazo eterno (en el sentido más literal de la palabra) de La Ley, mi ley, termine por alcanzarlo.

Tren a Zurich

Para Guido.

Diría que esperábamos algo, una cierta normalidad o aburrimiento, porque cuando abrimos la puerta del compartimento nos sorprendimos. Primero, por la música, que sonaba muy alta y me pareció balcánica; tras repasar esta historia decenas de veces en mi memoria, terminé por concluir que debió haber sido gitana, concebida en Hungría o en algún otro rincón de Europa del Este. Segundo, porque las responsables de la música eran dos mujeres jóvenes, suficientemente atractivas, de ropas ajustadas y ojos delineados, muy negros, de esos acostumbrados a levantarse siempre. Por un momento, me sentí en un tren urbano de las afueras de Buenos Aires. Antes de entrar y luego de un primer “hola”, vi a mi buen amigo Gino asomarse por sobre mi hombro.

El compartimento era uno más de los tantos que componían el vagón de tren. Los vagones también eran muchísimos y excedían el área techada de la estación.

El día se estaba apagando, serían más las siete que las seis, pero sobre todo era tarde y habíamos llegado a nuestro tren justo a tiempo, literalmente corriendo. Con Gino jugábamos de memoria, excepto a la hora de la puntualidad. En parte también por eso, mi amigo era “todo lo que se dice de Buenos Aires”, según las palabras de un pasajero suizo del mismo tren que conoceríamos unas horas más tarde.

El tren partía de la magnífica estación de Keleti, la más importante de las grandes estaciones ferroviarias de Budapest, la ciudad a la que suele llevarme de regreso la arbitrariedad de mis sueños. No hubo tiempo, como siempre que se prioriza de manera equivocada, para disfrutar de su arquitectura ecléctica. Sus enormes salones, separados entre sí por grandes puertas de madera, estaban custodiados por sólidas columnas de mármol rosado y casi siempre por frescos de Karoly Lotz.

El destino final era Zurich, ubicada a unos mil kilómetros de distancia.

Entramos en el compartimento y saludamos a las dos mujeres, con una sonrisa más sugestiva que necesaria, estrechándoles la mano mientras nos presentábamos en inglés. El saludo, medido, buscaba equilibrar el desordenado deseo de explorar a nuestras nuevas compañeras de viaje con la civilizada lejanía que las personas prefieren a la hora de un saludo inicial. Las mujeres respondieron con moderado entusiasmo, tal vez porque no entendieron nada de lo que dijimos, ya que al parecer solo hablaban un idioma incomprensible para nuestros oídos, probablemente húngaro.

El compartimento tenía seis camas. Revisamos que los números asignados fueran los correctos y acomodamos nuestro equipaje. Las mujeres no bajaron la música, un accionar pasivo que no me molestaba, pero que sí me llamaba la atención. “Qué raro que no bajen la música”, le comenté a Gino luego de conversar un rato. “Sí”, me contestó.

Mi comentario fue casi una provocación para Gino, quien tomó a una de las mujeres del brazo y, señalando el artefacto, le consultó con vaguedad por el origen de aquella música. Culposas, ajustaron el volumen de inmediato, mientras parecían disculparse. Gino omitió las aclaraciones y buscó en cambio conocer sus nombres. Se llamaban Dika y Malina. Les dejó saber que éramos de Argentina y algunos datos básicos relacionados, como que hablábamos en español. El empuje de la intención logró extender la duración de la conversación, algo que el efectivo entendimiento jamás hubiera conseguido. Dika, la menos atractiva y quizás por ello la más decidida, contribuyó con algunas palabras en inglés a desatar algunos debates anudados, por no decir inexistentes.

Poco tiempo después de comenzado el viaje, una tercera mujer se sumó a nuestro compartimento. Su nombre era Rozi y conocía a las otras mujeres. Luego de acomodarse en su cama, se sumó a nuestro diálogo de voluntades y, sin demasiado esfuerzo, le arrebató a Malina el título de la más atractiva del grupo.

Cuando el esfuerzo inicial de la conversación se agotó y la comodidad del propio idioma terminó por imponerse, decidimos con Gino salir al pasillo. Miramos por la ventana, todo era oscuridad. Adivinamos el frío y la negrura del otoño tardío asentado sobre la invisible llanura húngara que nuestro tren atravesaba sin demasiada prisa. Cuando prestamos atención al pasillo, tan angosto como dos personas cruzándose, nos fue imposible permanecer indiferentes. Otros pasajeros también habían salido de sus compartimentos, quizás a estirar las piernas o a refrescar sus sueños en la

oscuridad de la ventana. O, tal vez, a recordar un infierno que dejaban atrás o a imaginar uno que se avecinaba. No lo sabíamos. “Che, ¿por qué hay tantas minas en el pasillo?”, le pregunté a Gino.

La irrupción del guarda postergó las sospechas que ya comenzaban a crecer y nos envió de regreso al compartimento, donde buscamos nuestros boletos y pasaportes. El guarda, quien como casi todo en el tren parecía húngaro, tomó nuestra documentación y la examinó con una notable capacidad para no aburrirse. Cuando llegó a una conclusión, nos anunció en un esforzado inglés que los boletos eran inválidos, debido a que no habíamos completado la fecha de uso. Por lo tanto, debía retener la documentación hasta que pagásemos una multa cuyo valor era exorbitante. Inútil fue explicarle mil veces que no conocíamos el procedimiento y que hasta ese momento habían sido los guardas quienes completaban la fecha de los boletos. La discusión se extendió por casi una hora. Dika, por experiencia o diversión, nos alentaba a no ceder. El guarda, agotado, decidió cerrar la controversia amenazando con bajarnos del tren en la próxima parada, cuyo nombre era irreplicable, pero se trataba en esencia del gélido centro de la nada húngara. Agotadas las instancias de argumentación, le dijimos que muy bien, pagaríamos la desgarradora multa, pero que luego de la extensa discusión sabía muy bien que no le estábamos mintiendo. Éramos de Argentina y no nos sobraba el dinero, como seguramente tampoco le sobraba a él o a sus hijos. Para terminar, le advertimos que iba a tener que cargar con esa culpa hasta el fin de los tiempos, dándole un cierre decididamente emotivo a nuestro alegato. Fue entonces cuando, por primera vez, la mirada del guarda divergió de sus palabras y nos dijo que lo sentía mucho pero así eran las reglas, así que iría por los recibos y regresaría para efectivizar el cobro de la multa.

Mientras esperábamos al guarda que nunca volvería, nos percatamos de que habíamos concentrado la atención de todos los pasajeros del pasillo. O mejor dicho, de las pasajeras, ya que todas eran mujeres. Y jóvenes. Gino me miró, luego volvió a enfocarse en el pasillo y lanzó una soga visual cuyo extremo quedó anclado en los ojos de una de las chicas, Lumi. Ajustó esa cuerda imaginaria y tiró hasta quedar parado muy cerca de ella. Entonces descubrió que la mirada de Lumi—es decir, Lumi— era lista, dura y audaz.

Quedaron enfrentados a una respiración de distancia, casi sacándose chispas. Gino le hablaba en español y Lumi le contestaba en su propio idioma, ambos con llamativa determinación. La conexión fluía y parecían

entenderse, a pesar de los idiomas incompatibles, o quizás gracias a ello. Él sacó de su bolsillo una pequeña guía de Budapest. Entre otros recursos ofrecía una treintena de frases en húngaro, incluyendo algunas que desafiaban al turista a probar suerte en el difícil arte de la seducción magiar. Le mostró a Lumi la palma de su mano, pidiéndole paciencia, mientras leía la guía en silencio. El pasillo, convertido en tribuna, miraba expectante. Los seis pasajeros del compartimento más cercano ya se habían acostado, pero no se privaron de abrir bien la puerta y asomarse desde la cama. Casi como un silencio, el sonido del tren avanzando sobre rieles y durmientes lo había ocupado todo. Mucho antes de estar preparado, Gino comenzó a disparar palabras en húngaro con la ayuda de su pequeña guía, mientras las mujeres del pasillo explotaban en gritos y aplausos. Lumi también reía, mientras alternaba comentarios impenetrables con las mujeres que la secundaban. El show público de cortejo intercultural duró varios minutos. Lumi no retrocedía ni un milímetro y Gino ya no podía acercarse más, así que buscaba una caricia en los brazos o en el pelo, mientras intentaba sin éxito tomarla de la mano.

Lo siguiente, que a esa altura podía ser todo, se vio interrumpido por la aparición de una mujer tan joven como las demás, pero muy distinta y muy enojada. Era rubia, con el pelo muy estirado, atrapado en una coleta ajustada por sobre la línea de las orejas. Casi gritando, les ordenó a las chicas que se retiraran a sus compartimentos. Con desgano, le obedecieron. Pude ver los ojos decepcionados de Lumi, quien le dedicó una última mirada de reconocimiento a Gino, le dijo el nombre de un hotel y se fue arrastrando los pies, con la cabeza gacha, hasta desaparecer al final del pasillo. Gino me daba la espalda, pero no tuve que verle los ojos para saber que su desencanto era todavía mayor.

No conforme con la liberación del pasillo, la mujer rubia lo encaró a Gino y le ordenó en perfecto inglés que dejara de hablar con las chicas, como si cualquiera estuviera en condiciones de entrar por la ventana y prepotear a un porteño de ley. Gino me miró con una media sonrisa y luego, en argentino puro, le preguntó “¿y vos quién carajo sos?”, con toda la ayuda sentimental que fue capaz de concentrar en sus manos y en su cuerpo. La mujer rubia volvió a la carga con su sermón mientras Gino se transformaba en una incapacidad de aceptar hecha gestos. Negaba con la cabeza, se tomaba el rostro con las manos, se mordía los labios y revoleaba los ojos hacia el techo. “Mirá querida, *vieja* tengo una sola y está en Liniers, así que

tomatelás, rajá, chau”, devolvió las órdenes, mientras estiraba el brazo señalando el final del corredor. Resultó imposible saber si la mujer rubia había entendido algo, pero no que se retiró gritando en alemán cosas poco bonitas.

El pasillo había quedado desierto. Me acerqué a Gino y fue poco lo que pudimos comentar sobre lo ocurrido, ya que uno de los pasajeros que había presenciado el show desde su cama se había levantado para conversar con nosotros. Se presentó como Rapha y estaba feliz, sonriente. Como buen suizo, hablaba español y varios otros idiomas. Lo miró a Gino por unos segundos, encandilado, como si estuviera ante una leyenda que de repente se hacía realidad y se le volvía accesible. “Eres todo lo que me contaron de Buenos Aires”, confesó por fin, casi emocionado. Se ganó nuestro cariño con facilidad y conversamos con él hasta que un pasajero de sueño impaciente nos pidió silencio. Lo despedimos con un abrazo y nos fuimos a nuestro compartimento.

Dika, Malina y Rozi estaban despiertas, conversando, o tal vez esperando. Nos miraron de una nueva manera que no llegué a comprender del todo. Sin demasiados rodeos, Dika intentó decirnos algo, ayudándose con las manos. Nos señalaba a todos y luego golpeaba la parte superior de un puño contra la palma de la otra mano.

No tardamos en comprender que nos estaba proponiendo sexo grupal. Lo miré a Gino. Actuando sin inocencia, le dije a Dika que nos parecía una excelente idea, me saqué la remera y traté de avanzar sobre ella. Me detuvo con la punta de su dedo índice sobre mi pecho y me aclaró, gesticulando, que pocas cosas son gratis en la vida. Volví a mirar a Gino. “No, no... nosotros no vamos a pagar... en todo caso, ¡ustedes deberían pagarnos!””, contraataqué con señas, mientras lentamente me volvía a poner la remera y Dika, quizás decepcionada, trataba de reencarrilar la negociación por medio de más gestos, ofreciéndome quizás un gran descuento.

Mi intransigencia la hizo buscar a Gino, quien sonreía a mi lado. “No, no... nosotros somos *latin lovers*, no podemos hacerlo por dinero, no vamos a pagar...”, confirmó también por medio de señas. Dika miró a sus compañeras y hubo una breve e incomprensible deliberación. Cuando llegaron a un acuerdo, Rozi apagó la luz.

La policía suiza fue la responsable de despertarnos a la mañana siguiente. Nada de lo ocurrido durante la noche me había distraído de dormirme abrazado a mi mochila. El tren estaba parado en la frontera y los

oficiales suizos pasaban a controlar los pasaportes. Todo estaba bien en nuestro compartimento, pero se escuchaba cierto tumulto en el andén. Como la demora se extendía demasiado, salimos con Gino al pasillo a mirar por la ventana. Había media docena de oficiales suizos, tres guardas, unas veinte chicas y la siempre enojada mujer rubia. El diálogo principal se daba entre un oficial suizo y el guarda que nos había olvidado, o perdonado, la noche anterior. La inexpresividad gestual de los hombres nos impedía adivinar si estaban de acuerdo o no, aunque recordando la última mirada del guarda, y por simple oposición al oficial suizo, presumí que no lo estaban. Tras varios minutos de contemplar el operativo, se nos volvió claro que la veintena de chicas no cumplía con las condiciones necesarias para cruzar la frontera hacia Suiza.

Me parecía increíble que las personas pudieran embarcarse en ese tren durante la noche sin contar con la mínima seguridad de poder cruzar la frontera. Mis preguntas no paraban de multiplicarse.

En el andén, la conversación de los hombres se desarrollaba alimentada por la intervención recurrente de otros oficiales, las llamadas a través de los handies y la siempre presente mujer rubia. Hundido en el silencio, no sabía si desear que las chicas pudieran cruzar la frontera o no. Lo miré a Gino, pero él tampoco sabía.

Finalmente, las chicas no pudieron continuar con el viaje y las vimos alejarse desde el tren. Dika, Malina y Rozi habían vuelto a la cama tras el chequeo de los pasaportes y dormían apacibles, ajenas al conflicto de la frontera, como si no tuviera nada que ver con ellas, como si fuera parte de su normalidad o de la normalidad de sus viajes. Para no despertarlas, desayunamos con Gino en silencio, buscando encastrar las piezas del rompecabezas que ahora, visto desde el presente, parece presentarse tan claro.

Llegamos a Zurich con sentimientos encontrados. Despedimos a nuestras compañeras de viaje con un beso que sabía a abandono e impotencia. Dejamos rápido la estación, como escapando, más para alejarnos de allí que para llegar a nuestro departamento, ubicado en una de las tantas construcciones homogéneas que poblaban la calle Hardstrasse.

El día fue largo, insustancial y un poco triste, como una espera. Tal vez ingenuos, esa misma noche fuimos en busca del hotel cuyo nombre había sido la despedida de Lumi. No fue difícil encontrarlo, pero no conocían allí a ninguna Lumi, ni a ninguna chica húngara, ni a nadie. La

interminable historia del tren había llegado a su fin, al menos hasta hoy. La literatura es, a veces, una forma de resistir los finales.

Sepultada la deseable aventura de Lumi, nos resignamos a recorrer Zurich del modo recomendado, razonable. Caminamos por sus calles grises, ordenadas, perfectamente mantenidas, que llevaban de una u otra forma a las aguas claras del río Limago. Visitamos las pacíficas iglesias de San Pedro y de Fraumünster, cuya traducción al español nunca había sido del todo resuelta. Saboreamos el famoso chocolate y admiramos la eficiencia del sistema de transporte. Contemplamos desde el lejano mirador de Ütliberg cómo el bello paisaje de lagos y suaves colinas abrazaba la ciudad. Zurich se presentó ante nosotros de manera amable, silenciosa y civilizada. No pudo, sin embargo, escondernos su costado secreto y primitivo, oscuro y brutal, bestialmente hambriento de Dikas, Malinas, Rozis y Lumis.

Sucesión de despertares en una ciudad desconocida

De vez en cuando, me despierto en una ciudad diferente a la mía. Sucede de un modo que parece ser aleatorio. No estoy seguro de que sea siempre la misma ciudad. Algunas veces, estoy seguro de que lo es, pero con variaciones. Otras, tengo la seguridad de que son ciudades distintas, pero hermanadas por un hecho reiterado y fundamental: mi desconcierto.

De cualquier manera, la sensación al despertarme suele ser más o menos la misma. Abro los ojos y veo una habitación extraña. Hay una cama más grande, colores que nunca elegiría, demasiados dispositivos electrónicos, entre muchos otros detalles sin importancia. Pero lo que más llama mi atención no son esos pequeños pormenores ajenos, sino la singular dinámica que adquiere el tiempo.

Para comenzar, no hay despertador. El regreso a la conciencia ocurre plácido y natural. Tan solo escucho algunas aves lejanas, piando con tranquilidad. Tampoco tengo prisa, pero no porque carezca de tareas pendientes, sino porque mi cuerpo trae consigo la inercia de una distensión infrecuente pero segura. Una despreocupación que no sabe de principios ni finales y me retrotrae a la infancia, cuando las distancias de tiempo parecían interminables. Entonces quedo tendido en la cama, en paz, hasta que siento unas casi olvidadas ganas de levantarme.

Al principio, el temor era mayor, pero con el tiempo aprendí a sobrellevar la rara sensación de despertarme en otro mundo. Podría decir que ya no me sobresalto. Tan solo me siento invadido por el asombro.

Cuando ya estoy levantado, dejo la habitación y me pierdo en un departamento que, a grandes rasgos, me resulta ajeno. Con esa impresión, deambulo hasta encontrar el baño. Una vez allí, me miro al espejo y lo confirmo. Soy yo. Todo es muy claro, como si no se tratara de un sueño. Me lavo la cara y busco despabilarme con la instintiva necesidad de comenzar a entender.

La sed de comprensión permanece insatisfecha, porque no hay manera razonable de explicarlo.

De regreso en la habitación, me visto. La ropa es la de siempre. Ya vestido, busco la cocina. En el camino, mientras miro las paredes y las puertas al final del pasillo, tengo la seguridad de no conocer el departamento, aunque me transmite una sorprendente familiaridad, como si efectivamente hubiera vivido allí durante meses pero no pudiera recordarlo.

Cuando encuentro la cocina, abro la heladera. Está vacía. No hay vez que no espere otra cosa, ni que pueda evitar la decepción. La necesidad de un desayuno me empuja a salir y eso, aunque no lo parezca, es una buena noticia.

Traspaso la puerta de entrada y desciendo por la escaleras. Me pregunto cuántos pisos tendré que bajar. Por suerte, son solo dos. Salgo del edificio.

Estoy parado en una calle que nunca he visto. Contemplo mi alrededor y, luego de muchos años, vuelvo a sentirme un niño. No tengo noción de dónde estoy, ni a dónde ir, ni por qué. Está fresco, pero el sol, como un padre, me ofrece unas caricias contenedoras. Las recibo con placer, dispuesto y sin apuro, mientras cierro los ojos y se me escapa una sonrisa. Tomado por sorpresa, me doy cuenta de que soy feliz.

Sin abandonar mi serenidad, parado y de cara al sol, comprendo que mi extravío me libera. No tengo ubicación, ni razones. No conozco a los demás, ni quiero conocerlos. Nadie me espera, ni me reclama, ni me necesita. No tengo obligaciones. No tengo nada que hacer.

Cuando el sol es suficiente, camino a la deriva en la búsqueda de un café donde pueda desayunar. Lo encuentro. Es pequeño y cálido, con mesas y sillas de madera. Está sobre una calle poco transitada y silenciosa. Me siento con la mayor tranquilidad. Es algo que siempre quiero hacer en mi propia ciudad, pero por alguna razón nunca lo hago. Siempre estoy tan ocupado, tan intranquilo.

Nunca leo diarios, pero pido uno. El mozo me ofrece uno cuyo nombre desconozco. Aun así, lo acepto complacido. Lo ojeo como si esos títulos condenados a desaparecer me importaran. A pesar de mi desprecio por esas noticias irrelevantes, lo disfruto. En verdad, más que el diario, saboreo el momento de parálisis (o elongación) del tiempo. Todavía podría ser mejor. Si hubiera un mañana, me llevaría un libro para leer.

Como no tengo horarios que cumplir, me quedo en el café. Miro a mi alrededor y me doy cuenta de que muchos otros también lo hacen, aunque da toda la impresión de que esta sí es su ciudad. Y de que esas sí son sus

vidas. Mi libertad excepcional es, para ellos, una costumbre accesible. Más todavía, una normalidad.

Salgo de la cafetería. Me paro y miro a mi alrededor. Me siento liviano. Cierro los ojos y me entrego a la frescura de esa licencia inesperada. Vuelvo a caminar sin rumbo, esta vez hacia el centro de la ciudad. Lo hago durante un largo rato hasta que encuentro una librería. Entro.

La librería es un oasis dentro del oasis. La temperatura es más baja, como cuando se entra a una caverna. Lo mismo ocurre con la sensación de quietud. Y con el silencio. Me remite a la idea de pasado. Pero estas son solo sensaciones, literarias si se quiere, de ningún modo comparables con la indemostrable realidad de despertarme en otra dimensión.

Sin necesidad de paciencia, reviso cada uno de los estantes repletos de libros viejos y llenos de polvo. Compró algunos clásicos, aunque no sé bien para qué, ya que probablemente se desvanezcan junto al resto de la experiencia.

Me acerco al mostrador, donde hay un hombre leyendo. Parece eterno. O, casi lo mismo, parece ser tan viejo como los libros que vende. Su forma de ser habla de una plena pertenencia mutua con la librería.

El hombre que supongo librero revisa los libros que voy a comprar con una lentitud inagotable. Los limpia con un pequeño trapo y les pone un señalador con injustificada dedicación. Yo no me inquieto. Por el contrario, aprovecho esa ventana de tiempo suspendido para hacerme muchas preguntas.

¿Por qué no hago esto en mi ciudad? ¿Por qué necesito del extremo de una vida en blanco para dedicarle tiempo a estos pequeños placeres? ¿En qué momento renuncié a mis deseos más simples y puros? ¿Cuándo fue que la vorágine me arrastró a sus condiciones?

El hombre termina y me entrega los libros. Sin decir palabra, vuelve a sentarse y retoma su lectura. Nunca me reclama el dinero (ni siquiera da la impresión de esperarlo), pero se lo dejó sobre el mostrador. Vuelvo a salir a la calle.

El sol me sigue acompañando. Consulto mi reloj, pero no lo tengo. Pregunto a un caminante. No ha pasado tanto tiempo como me imaginaba. Apenas llego a esa conclusión, me doy cuenta de que es inútil y extemporánea. Semejantes consideraciones pertenecen a mi ciudad, no a esta.

Compro una ensalada, voy a comerla al parque. Miro las flores, los árboles y las personas. Miro la calle. Los autos me molestan, como siempre, pero no tanto.

El resto del día transcurre de un modo similar que ya no necesita ser descripto.

La sucesión de despertares en la ciudad desconocida me conduce a una sutil sabiduría. De a poco, con cada despertar, voy abandonando la búsqueda de explicaciones. En cambio, me entrego al sencillo goce de la experiencia extraordinaria. Inclusive, comienzo a desear que el fenómeno no se esclarezca nunca.

La noche y el final se estacionan en mi cuarto. Me duermo tranquilo.

De regreso en mi ciudad—y en mi vida—me resulta imposible la continuidad.

El viaje en el espacio (y en el tiempo) me interpela. Abre ventanas e interrogantes. Me empuja a enfrentar mis rutinas, mis deseos y mis miedos, como si fuera una buena historia, un buen libro o una buena obra de arte.

Ficción o realidad

Para Lisa

Conocí a Martha Argerich en Frankfurt, el jueves 10 de marzo de 2016. O quizás el día siguiente, ya no lo recuerdo bien. No fue fácil concretar ese encuentro. Ella vivía en Bruselas, yo en Buenos Aires y ambos nos movíamos con frecuencia. Es posible que hubiera otro hecho mucho más fundamental que se interponía entre nosotros. Ella era una famosísima artista, mientras que yo era un completo desconocido. Es decir, ella no tenía ni la más remota idea de mi existencia.

El encuentro ocurrió en el Museo Alemán de Cine, uno de los pocos lugares de Frankfurt donde la ficción se le anima a la realidad. Había allí un café muy elegante y muy alemán. La elección del lugar estuvo a mi cargo y no fue para nada casual. Era uno de los argumentos más fuertes con los cuales pretendía convencer a Martha de aceptar mi invitación a encontrarnos. Si yo, ese completo desconocido, la defraudaba, al menos le quedaría el consuelo de haber conocido aquel lugar.

Otro de mis argumentos se apoyaba en la elaborada e inusual carta de invitación que le había preparado. Explicar a qué me refiero me demandaría otro escrito casi tan largo como este, por lo que esa explicación quedará para otra ocasión. Lo que sí puedo mencionar es que la carta incluía la promesa de añadirle una dedicatoria de mi puño y letra, en caso de vernos.

El último de mis argumentos era objetivamente el más débil, pero aun así era mi favorito y yo creía en su potencial. Kati, la mujer en la que pensaba a diario en aquella época, tenía un sorprendente parecido físico con Martha (con una generación de diferencia), vivía en Frankfurt y también estaba invitada a participar de nuestro encuentro.

Estos argumentos que algunos podrían señalar como “cargados de fantasía” surgían ante la imperiosa necesidad de apuntalar la categórica pero insuficiente verdad. Yo realmente quería asistir a su concierto en Frankfurt, el día 9 de marzo de 2016 a las 20 horas, pero no había encontrado la manera de coordinar mis vuelos, micros y trenes (desde Buenos Aires) para llegar a tiempo.

Los infortunios, si uno sabe buscar en sus consecuencias, tienen el beneficio de abrir nuevas posibilidades. Y un encuentro personal con Martha fue esa nueva posibilidad que me llenó de motivación y entusiasmo.

Ya escrita la carta para Martha, el siguiente desafío consistía en hacerla llegar a sus manos y lograr que fuera leída a tiempo. Una opción para lograrlo consistía en enviar la carta abierta, exponiendo su inusualidad ante los intermediarios. Esto significaba confiar demasiado en ellos, así que en cambio decidí utilizar un sobre de calculado y llamativo diseño. Era color claro pero no amarillo, con un sutil toque infantil y un pretendido título intrigante:

MARTHA ARGERICH

Si el contenido de este sobre es leído hoy, podría convertirse en realidad.

Si no, no.

Detallar cuáles de estos factores estimularon a Martha a aceptar mi invitación sería un mero ejercicio de imaginación. Y la imaginación no es mi fuerte. Durante el encuentro ella mencionó que la carta había sido “poco habitual” y eso me resultó más que suficiente.

El parecido físico entre Martha y Kati fue el primer e inevitable tema de conversación. Sirvió además como una excelente excusa para “romper el hielo”, dando lugar a la cálida sensación de que nos conocíamos hacía tiempo.

Ese parecido que Martha calificó como “irreal” fue el disparador del tema que ocupó casi la totalidad de la conversación: los límites entre la ficción y la realidad. Quizás influenciado por mi formación de ingeniero, yo sostenía que la realidad (la del artista) era la que terminaba dando forma a la ficción. Martha lo veía al revés, era la ficción (y con ello incluía a la imaginación) la que arrastraba a la realidad. Además, me pronosticó que en “muy poco tiempo” contaría con la oportunidad de demostrarme que ella estaba en lo cierto.

“Eso espero. El tiempo lo demuestra todo, aunque más no sea por el peso de su eternidad”, contesté sonriendo.

“No estoy tan segura de que el tiempo sea eterno”, intervino Kati .
“De cualquier modo, prefiero pensarlo como el ingrediente principal de la consistencia, la verdadera línea divisoria entre ficciones y realidades...”

Kati no aclaró si consideraba a la consistencia como un atributo de la ficción o de la realidad, pero cualquiera que hubiera estado allí no habría necesitado aclaraciones.

La conversación continuó durante casi una hora, hasta que Martha nos anunció que debía retirarse. Al despedirse, nos confió con ánimo alegre que nuestro encuentro le había parecido “como salido de un cuento”.

“Los momentos que parecen una ficción son los mejores de la realidad. Qué poca es la distancia entre estos dos mundos”, dijo reflexiva.

Yo había pensado largamente sobre la cuestión, así que no dude al contestarle.

“Es cierto. A menudo, la ficción y la realidad están a solo una decisión de distancia”.

Buenos Aires, 29 de febrero de 2016

Ladrón de veranos

“Mi patria es la infancia.”
Rainer Rilke

Mi patria es el verano. La de algunos será la infancia y será una hermosa frase literaria; no la creeré, pero la envidiaré sin rencores. La de otros será una nación, pero ¿de qué sirven las naciones si nos conducen a la desgracia? Prefiero el verano. Las doradas playas apoyadas sobre la inmensidad del azul salado. La noche romántica que embellece, acechada por la resistencia de la tarde y la impaciencia del amanecer. La desnudez despreocupada del sueño, reposando tranquilo sobre una cama abierta. La luz blanca, los grandes ventanales, las suaves caricias de una brisa reparadora.

Denme el verano y quédense con la infancia y con las naciones. Denme el verano y quédense con el dinero, con el amor y hasta con la felicidad. Denme el verano y quédense con el resto.

No es mi verano una estación. No es una temperatura elevada, ni un definido cuarto del año, cuyos días empiezan y terminan un día veintiuno. Es ante todo una idea. Una actitud. Un regreso lejano, una marea muy alta, un enamoramiento imborrable. Puede abreviar en la primavera. Es la flor favorita descubierta en la calle, la mariposa lanzándose al cielo por primera vez, la fruta madura tomada de un árbol.

Hasta en los ecuaadores, donde el calor es eterno, hay veranos como el mío. Florecen cuando la época de lluvias por fin comienza o ya se está terminando. Son los momentos en que sus habitantes, por fin, logran sobreponerse a la extenuación de las sequías o a la inclemencia de los temporales.

El verano del que hablo es, ante todo, la contracara del invierno. Esa otra idea. Hecha de bajas temperaturas, oscuridad y postergación. Repleta de abrigo, calefacción y prevenciones. La horrible sensación de sentirse atrapado y transpirado a pesar de las bajas temperaturas. Una tediosa espera que desemboca casi siempre en enfermedad. Un sótano colmado de encierro. Una puertas abiertas siempre acechadas.

Qué duda cabe de que el verano se construye a partir del invierno. Uno condiciona la existencia del otro, como el bien condiciona la existencia del mal, o como la felicidad condiciona la existencia de la tristeza. De hecho, estamos hablando siempre de lo mismo, de un polo definido a partir de su opuesto. En palabras de Tolstoi: “Dicha y tristeza son solo una, se tienen las dos o ninguna”.

Por fortuna, esa filosofía dual no alcanza los territorios de mi existencia. Yo me quedo solo con los veranos. Me los apropio con injusticia, pero sin vacilaciones. Me los robo con convicción. Voy allá donde están comenzando y los tomo aunque no me pertenezcan. Los consumo enteros, con pasión, como si yo mismo los hubiera forjado con mi esfuerzo. Los gozo. Me aprovecho con impunidad de sus verdaderos dueños, aquellos que lo construyeron piedra por piedra mientras padecían la interminable impiedad de la estación blanca. Tantas mañanas tuvieron que levantarse en la oscuridad indolente, sentir los puños penetrantes del frío y exponerse con estoicismo a los soplidos tortuosos del viento polar. ¡Pobres desgraciados, tan injusta es la vida!

Pero no soy un juez ni un justiciero. No soy un héroe ni quiero serlo. Para eso están aquellos cuya patria es la justicia. Nada es lo que puedo hacer por mis víctimas. Tan solo exponerles con crueldad inmoral el rostro de la injusticia. Volverme el representante vivo del abuso.

A veces caigo en la tentación de justificarme. Tomo aquello que no me corresponde, pero no privo a nadie de disfrutarlo también. Los veranos no son menos calurosos por mi presencia, ni los inviernos más crueles. Sería un gran argumento si pudiera ser cierto. La injusticia, aunque simbólica, es uno de los afluentes fundamentales de la insatisfacción.

De una forma u otra, tengo muy claro que soy un mísero egoísta. Me limito a alimentar la pequeña llama en el viento que es mi vida. No puedo permitir que se apague. Eso ya me representa un enorme esfuerzo. No tengo energías sobrantes para los demás.

Así es como, en compañía de mi miseria y de mi pequeña valija de ropa, arribo a las sociedades temporalmente ricas de verano. En cualquiera de ellas, me presento con autoridad. ¡Quiero sus riquezas veraniegas y las quiero de inmediato! Sus habitantes pálidos me las ofrecen con ingenuidad, casi con ceguera. Para accederlas con mayor comodidad, busco un departamento bien ubicado, en lo posible rodeado de árboles. Si es junto al

mar o junto al río, tanto mejor. Ya establecido, me subo con convicción a la ola de liberación y festejo.

Me robo los días largos, el verde intenso y el perfume de las flores. Me robo los festivales, la música en la calle y la noche voluptuosa. Me robo esas semanas cuyos días son siempre viernes. Me robo las mujeres radiantes, ávidas de amor y aventuras. Me robo todo esto y más en las propias narices de sus únicos dueños, sin que nadie me lo reproche, sin que nadie siquiera caiga en la cuenta. Tanta es la permisividad de estas poblaciones que, a menudo, les termino confesando mi delito.

Ocurre que, a pesar de todo, soy demasiado transparente. Soy un criminal, pero no un hipócrita. Admito mis culpas con completa honestidad. Ante la impredecibilidad del ser humano, la dura verdad es una elección sólida y elegante. Parece mentira, justamente, que tan pocos la elijan.

Cada día del verano me relaciono con nuevas personas. Lo hago contaminado por esa inconveniente tendencia a la verdad. De manera invariable, me preguntan qué estoy haciendo en su ciudad.

“Vine a pasar el verano”, les contesto. Las personas sonríen. Aprueban. Creen que soy un simple turista. La simplificación brutal me beneficia. Si un día llegara a necesitar de algún tipo de protección, el turismo sería un hermoso disfraz y una excelente coartada.

“La mejor época para estar aquí”, confirman de una forma u otra, con diferentes tipos de comentarios.

“Sí, vine a robarles el verano”, les amplío el alcance de mi respuesta. Las personas se ríen. Entonces yo también me río, aunque no me parezca gracioso. Curiosa fortuna la de hacer reír con una verdad dolorosa.

“Me robo todo el verano, hasta la última gota, y luego me voy. El invierno se los dejo a ustedes”, sigo avanzando en el blanqueo de mi delito. Muchos ríen aún más, inclusive a carcajadas.

“No me gustan la nieve, la oscuridad, ni la reclusión. Tampoco el desánimo. Siento que me conducen a la muerte”, redondeo la explicación. Es en este punto cuando muchos dejan de reír, o ríen desacelerando, como replegando con lentitud una risa que habían liberado demasiado pronto. Es como si sospecharan que los motivos para reír han terminado y es hora de volver hacia la seguridad de la compostura, en lo posible con decoro. Sin quererlo, algunos dejan traslucir que una desesperación les avanza por dentro. Una lejana parte de ellos, tal vez inconsciente, comienza a comprender.

En ese punto debería detenerme. Pero no lo hago. Continúo con la cruda descripción de mi saqueo hasta la devastación total de mis interlocutores. Me transformo en un asesino desenfrenado que, en su descontrol, añade una centena de puñaladas innecesarias. Me abandono al redundante placer de la alevosía. Me convierto en Alejandro y ellos en Tebas. Los asedio hasta desaparecerlos, hasta borrarlos del mapa y de la historia. De ningún modo lo hago para lastimarlos. Tampoco para pavonearme. Yo no sería nada sin ellos. Si no tuviera más remedio que justificarme, diría que lo hago para alertarlos. O más probable todavía, diría que lo hago para alertarme a mí mismo. Nunca, jamás, debo permitirme ser ellos.

Cuando las personas ya están arrasadas, se retiran como pueden de la conversación. Deambulan con la mirada perdida, rebotando en los diferentes grupos sin poder encajar en ninguno, o aceleran la bebida. En ningún caso vuelven a acercarse a mí.

Por supuesto, hay excepciones. Son los ambiciosos. Aquellos que, inspirados en la historia delincriminal que acabo de contarles, desean dejar el bando de la gelidez recurrente. Buscan rebelarse a la ley de los hechos tristes. Vuelven a mí con insistencia y desparpajo, con determinación e inocencia. Quieren saber más. Me preguntan detalles sobre los cómo, los cuándo y los por qué. Hacen crecer en mí simpatía y curiosidad. Yo trato de ayudarlos, sobre todo haciéndoles entender que no hay nada extraordinario en mi persona ni en mi accionar.

Así transcurre el verano.

Cuando la estación dorada se encamina hacia el ocaso, entonces me marcho. Abandono esas tierras otoñales y a sus habitantes. Los dejo que declinen en soledad hacia un nuevo invierno. Y ellos van, mansos, hacia ese gris extenso que tendrán que atravesar para merecer el próximo verano. Lo construirán con rutinario esfuerzo, tal vez con el único propósito de que yo pueda robárselos. Mientras ese destino de sombras los alcanza, yo me alejo con los bolsillos llenos de verano, sin necesidad de fugas ni escapes. Me ausento plácido, elegante, como un caballero de guantes blancos. Me entrego a la incesante búsqueda de nuevos botines. Los veranos decrepitos van quedando a mis espaldas, mientras se abren delante veranos adolescentes que saben a capullo.

Robar veranos es un crimen que permanece sin castigo. Cualquier extraño puede andar por el mundo haciéndolo. Las sociedades todavía no

han percibido la injusticia que esa posibilidad representa. Para comprender el daño, no hace falta más que imaginar lo que ocurriría si todos lo hiciéramos al mismo tiempo.

Idéntica situación, pero en reverso, se da en mi lugar de origen. Mientras invado tierras extrañas para recaudar veranos ajenos, escapo del crudo invierno de mi remota comarca. Al mismo tiempo que mis compatriotas deben resistirse a los vientos polares, yo me debato entre las miles de islas ecuatoriales cuyas playas intiman con el turquesa interminable. Confieso que a pesar de mis declaraciones verano-patrióticas, todavía me debo a ese confín del mundo. Sus habitantes son mis hermanos. Pero también a ellos los estafo. Los dejo solos, haciéndose cargo de los helados rigores y de los recurrentes problemas de aquel terruño distante. De un modo por demás teórico, diría que lo siento, pero la más pura verdad es que no me importa. Y tampoco le importa a la ley, que también allí es laxa y me ampara.

¿Cómo hago para vivir de verano en verano? Muy simple. Cuando el verano usurpado se marchita, me paro frente al mapa y me dejo invadir por la adrenalina del hemisferio opuesto. Paseo mis ojos sobre algunos de los veranos que están comenzando y elijo uno. Entonces, voy hacia él sin condiciones, sin especulaciones, sin peros. El resto de la existencia se convierte en una mera consecuencia operativa de la elección principal. No tiene más remedio que adaptarse.

Si necesito caminar para viajar, camino. Si necesito hacer dedo, hago. Si necesito pasar sesenta horas en un micro, las paso. Porque el camino es un hermoso regalo cuando el verano se levanta en el horizonte.

Si necesito trabajar, trabajo. De lo que sea. Porque lo importante no es el trabajo, sino el abrigo del sol.

Si debo dormir en una cama austera, o en el piso, duermo. Porque hay tan solo un lujo verdadero. Y no hay mejor techo que un cielo templado y abierto.

Si debo comer lo básico, como. Si debo beber agua, bebo. Pero que esté fría, por favor.

Si por ir de verano en verano se me acorta la vida, que se acorte. Porque la vida se cuenta en veranos. Y de ella tampoco quiero el invierno.

Cuando pongo la proa hacia el verano, los cómo se van abriendo camino por sobre el mar de los inconvenientes. Uno a uno, van quedando atrás, como suaves ondas que se pierden en el horizonte del pasado. Pero

más fuerte que el avance sobre los obstáculos es la simple carencia de caminos alternativos. ¡Tanto más duro, hasta el punto de lo imposible, sería hacer algo distinto! ¡Tan inaceptable me resultaría acoplarme a la vida razonable que me propone el invierno! ¡Con tanta seriedad me plantearía la mismísima muerte como una alternativa superadora!

Sospecho que otras patrias también pueden ser dignas de lealtad. La patria de la pasión o de la utopía, por mencionar algunas. ¡Bienaventurados sus patriotas! Yo, tal vez limitado o desdichado al fin, tan solo he descubierto esta, la del verano perpetuo.

Siento que ya me he extendido demasiado. Es hora de que este escrito llegue a su fin.

Si es verano, es posible que estemos cerca. Encontrémonos. Pero sobre todo disfruta, porque se acabará pronto.

Si es invierno, te saludo desde el otro lado del mundo. Bajo la protección del cielo estrellado y con una copa de vino en la mano, brindo a tu salud y te agradezco eternamente.

La mujer de violeta²

*Trông ra cửa Tam quan, thấy một người con gái rất đẹp. Ông bèn đi theo
thì chợt người ấy biến mất.”*

Bích Câu kỳ ngộ

*“Miró a través de la ventana y vio una mujer muy hermosa. Bajó a
buscarla, pero había desaparecido.”*

Un extraño encuentro en Bich-Cau

Eran las primeras horas de la noche. Una catarata de palabras incomprensibles fue tomando la escena de mis sueños —que ya no recuerdo— hasta despertarme, convirtiéndose en la mundana voz del conductor emanando de los altavoces del micro. Me sentí inusualmente cansado, hambriento y solo. Contemplé el diseño interior del micro y volví a sorprenderme, como lo había hecho al subir por primera vez. Tenía tres filas a lo largo y dos niveles de asientos-cama en cada fila. Al final del micro, las filas eran cinco. En uno de esos lugares del nivel superior estaba yo, junto a otros cuatro muchachos que supuse vietnamitas.

Mientras me despabilaba, percibí un clima de relativo silencio. Los televisores que habían estado proyectando performances de karaoke estaban apagados. También los celulares de varios de los pasajeros, quienes durante el comienzo del viaje se había entretenido con los videojuegos sin bajar el volumen.

El micro estaba detenido. Los pasajeros se levantaban y se dirigían hacia la puerta delantera. Todos estábamos descalzos y, a medida que bajábamos, nos calzábamos uno de los pares de ojotas públicas que el conductor había dispuesto en el piso junto a la puerta.

Ya debajo, hice un paneo general. Estábamos en un clásico parador junto a la ruta, en algún punto del centro de Vietnam. Encontré afuera una brisa fresca que creía olvidada, luego de semanas de calor sofocante en el sudeste asiático. El temor a quedar varado en ese lugar anónimo me empujó a memorizar el micro y su patente antes de alejarme.

Contemplé el cielo limpio y estrellado, con la luna casi llena. Mientras estiraba los músculos aletargados por la incomodidad del micro,

disfruté la pureza del aire por unos minutos.

En uno de los extremos del parador, descubrí un zorro que nos miraba con intensidad. Estaba sentado sobre el límite a partir del cual todo se hacía oscuridad. Tuve la impresión de que estaba concentrado en mí. Busqué la complicidad —o quizás la seguridad— de otros pasajeros, pero nadie se había percatado. Algunos se dirigían hacia los baños, otros fumaban (o reflexionaban mientras fumaban) y otros seguían bajando del micro. Quizás los zorros eran comunes en la zona y a nadie le importaba. Para confirmar mi sospecha, caminé en diagonal hacia otro de los extremos del parador. Crecía allí un sándalo. En efecto, el zorro siguió mi desplazamiento con su cabeza, acompañando cada uno de mis pasos. Me detuve y lo miré fijo un par de minutos. El zorro y su mirada enfocada en mí se mantuvieron inmutables.

La situación con el zorro había llegado a un punto muerto. Yo no pensaba acercarme, así que lo abandoné y me sumé a los pasajeros que se dirigían hacia el baño. Mientras tanto, me preguntaba si la parada sería lo suficientemente larga como para comer algo.

Cuando regresé del baño, encontré al conductor y sus asistentes organizando a los pasajeros en un grupo de mesas. Por ser el único extranjero, o el único con un aspecto muy diferente, toda la atención estaba puesta en mí, como lo había estado desde que subí al micro. Tal vez era la primera vez que mis compañeros de viaje veían un occidental en vivo y en directo. Y por si fuera poco, realizando tareas tan mundanas como comer o ir al baño. Uno de los asistentes se acercó y me ubicó en una de las mesas, junto a dos hombres y tres mujeres. Durante toda la cena me miraron disimuladamente, sin atreverse a hablarme. No pude saber si se conocían o no.

Me fue imposible no prestar atención a la atractiva mujer vestida de violeta. Estaba sentada sola en una mesa más pequeña, a unos cuantos metros de distancia. No era parte de nuestro grupo. Era joven, digamos que alta y lucía un cuerpo atlético que transmitía seguridad. Además, parecía un tanto ajena a la dinámica del parador.

Había en nuestra mesa unos diez platos para compartir, ubicados en el centro. Contenían diferentes comidas cortadas en trozos pequeños. Junto a ellos, había una generosa fuente de arroz blanco, con una gran cuchara y varios platitos hondos. Uno de los hombres tomó el control de la fuente y

fue sirviendo porciones de arroz en cada uno de los platitos, pasándolos a los demás comensales mientras sonreía.

Decidí comportarme de la manera más neutral posible y seguir el ejemplo de los demás. Una vez repartido el arroz, el servidor comenzó a distribuir los pares de palitos para comer, limpiándolos con delicadeza antes de entregarlos. Por suerte, yo había aprendido a usarlos durante las semanas anteriores.

Mientras esperaba que los demás comenzaran a comer, decidí echar un vistazo a la mujer de violeta. Con disimulo, la busqué entre las cabezas que se levantaban frente a mí. Cuando por fin la encontré, me sorprendió encontrar su mirada penetrante. Una mirada muy diferente a las de otras mujeres asiáticas. De hecho, muy diferente a las del resto de las mujeres que había conocido en mi vida. Sostuve la mirada de la mujer de violeta mientras mi corazón se aceleraba, pero eso no la perturbó ni la hizo dudar. Su mirada era firme pero serena. Tenía una dureza que, sin embargo, era dulce... como si un largo tiempo hubiera convertido en fuerza un gran dolor.

Dos personas se sentaron justo entre nosotros, poniéndole fin a nuestro duelo de miradas. Sentí la interrupción como un alivio. Estaba impresionado y, a diferencia de otras veces, no sabía bien qué hacer a continuación.

Una de las mujeres de mi mesa había comenzado a comer y los demás la siguieron, así que decidí (intentar) olvidar por un momento a la mujer de violeta y sumarme a ellos. Comencé por seleccionar aquellas comidas que fueran más fáciles de maniobrar con los palitos, como los cubos de tofu. A medida que fui ganando confianza, avancé sobre el resto de las comidas, algunas de las cuales me resultaban completamente desconocidas. Uno de los platos tenía una especie de tortilla que se veía deliciosa, pero por alguna razón no estaba cortada, así que me resultó imposible accederla con mis palitos. Un minuto después, pude apreciar cómo uno de los hombres utilizaba los suyos para cortarla y apropiársela con lentitud frente a mis ojos cargados de impotencia. No tuve más remedio que concentrarme en las berenjenas, los tomates y unos llamativos dados anaranjados.

A medida que terminaban de comer, los pasajeros se levantaban y se dirigían al baño o al micro. Las mesas donde estábamos cenando se fueron desocupando una a una y supe que un nuevo encuentro visual con la mujer de violeta llegaría de manera irremediable. Mi desazón fue extraordinaria cuando las últimas dos personas frente a mí se levantaron de la mesa y

dejaron expuesto un vacío enorme. No había nadie. La mujer de violeta había desaparecido. De inmediato, la busqué con la mirada por todo el parador. Era amplio y visualmente limpio, sin obstáculos que pudieran ocultarla. Era imposible que abandonara el lugar sin que yo lo hubiera advertido.

Recorrí a pie el parador y evalué todas las hipótesis, sin resultados. Me acerqué a las camareras y a fuerza de gestos intenté preguntarles sobre la mujer de violeta, sobre qué podría haber ocurrido con ella, pero todo fue en vano. Las camareras no me entendían.

En busca de otra perspectiva, me senté en la silla que la mujer había ocupado hacía escasos minutos. Me imaginé a mí mismo visto desde allí. Barrí la mesa con la mirada y descubrí, mimetizada con la madera de la mesa, una pequeña rama. La examiné con celo y por el olor supe que era de sándalo. Sentí que debía conservarla, así que la guardé en mi mochila.

Seguí contemplando la escena, buscando las respuestas que la razón me negaba. Sobre una de las largas paredes del establecimiento había una serie de telas pintadas. Me sobresalté al identificar en una de ellas a una mujer vestida de violeta.

Con una mezcla de ansiedad y —lo acepto— miedo, me acerqué a la tela para indagarla con mayor detenimiento. Con extrema precaución y un sutil temblor en mis manos, estudié sus detalles. La escena transcurría en un ambiente hogareño. La mujer de violeta estaba sola y parecía preparar una comida, tal vez un desayuno.

Sediento de nuevos indicios, caminé frente a cada una de las demás telas, observándolas con minuciosidad, pero no pude encontrar nada nuevo. La sucesión de telas me llevó hasta el rincón del parador donde antes había visto al zorro. Creí adivinar una mirada, pero no pude divisar a nadie.

Más allá de ese extremo, se desplegaba misteriosa la oscuridad. La contemplé por unos instantes. Con una absoluta falta de convicción racional, pero arrastrado por la imparable fuerza de mi intuición, me interné unos pocos metros en ella.

Como venida del cielo, una brisa cayó sobre mí, abrazándome y perfumándome con el inconfundible aroma del sándalo. El baldazo de aire dulce y sensual me llenó de presente, rozándome la piel expuesta con caricias de chocolate. Por primera y última vez, sentí que la madera podía ser incorpórea y que así, etérea, era capaz de besar. Calmo y en placentero cautiverio, me dejé estar en ese cálido y misterioso capullo, sedado, hasta

que olvidé por completo que había una vida afuera donde, tal vez, me estaban esperando.

Súbita, la brisa se fue como había llegado. Quedé inmóvil durante un par de minutos, expectante, esperando quizás la aparición de la mujer de violeta, pero nada de eso ocurrió. En cambio, hubo quietud y silencio.

Tuve la sensación de que el acontecimiento, por llamarlo de alguna manera, había terminado. Fascinado, pero también temeroso de perder el micro, decidí volver a la luz. Desde ese lugar donde era posible verme, ofrecí una última mirada hacia la negritud (que pasó a parecerme violácea) y regresé al micro trotando.

Antes de subir, dejé las ojotas junto a la puerta. Una vez adentro, fui hasta el fondo, donde los cuatro muchachos vietnamitas ya se habían acostado. Me acomodé en mi lugar y me dormí con facilidad.

Al día siguiente, llegamos a Hanoi. De mis sueños, solo pude recordar que un zorro situado al borde de una oscuridad violácea me miraba mientras dormía.

La mezquita Asimov

Es la primera vez que escribo sin estar vivo. Nunca creí que algo así fuera posible, pero he confirmado una vez más que los hechos terminan por imponerse a las teorías. Estoy feliz de poder volver a hacerlo luego de casi veinticinco años. Me siento más liviano y libre, sin el peso de mi cuerpo ni de mi historia. La contracara es la ausencia de mi incansable obsesión, además de una fuerza interior mucho más débil y despreocupada. Todo parece indicar que estar vivo es el más potente motor de la literatura. O quizás lo sea ser uno mismo, aunque completamente.

También es la primera vez que escribo en español. El mundo se ve muy diferente desde aquí, más suave, más redondeado y más musical. Veo los colores más intensos, sobre todo el rojo y el verde. La inconsistencia me resulta menos problemática y ya no tengo prisa al escribir, lo cual despierta cierta entendible preocupación en Juan.

Si bien preferiría hacerlo solo, me siento a gusto escribiendo con la ayuda de Juan. Su formación técnica, su capacidad de abstracción y su estilo austero me permiten desenvolverme con comodidad. A diferencia de tantos otros, como McCartney, no tiene ningún interés en cargarme con sus ideas, aunque se encuentra en una posición inmejorable para hacerlo. Adicionalmente, se ha esforzado en conocerme para que yo pueda expresarme de la manera más auténtica posible. Ha leído varios de mis ensayos, novelas, entrevistas y biografías. Eso ha resultado ser más que suficiente. No podría exigirle que lea, además, mis quinientos libros o mis noventa mil cartas. Todo este trabajo lo ha realizado con el noble propósito de ayudarme a cumplir uno de mis sueños: conocer en persona la mezquita Azimov, construida por mis antepasados en la ciudad de Kazán, Rusia.

Es posible que no lo sepan, pero nací en la antigua Unión Soviética. Mi familia emigró a los Estados Unidos cuando yo tenía tan solo tres años. Mis padres tuvieron el valor de dejar atrás todo lo que la vida había previsto para ellos e ir en busca de lo que deseaban para nuestro futuro. Inclusive, tomaron grandes riesgos para hacerlo a tiempo, ya que Estados Unidos impuso severas restricciones a la inmigración de rusos-judíos poco tiempo después de nuestra llegada. Una vez allí, mis padres abrieron una tienda de

golosinas, donde vendían diarios y revistas. Ese material de lectura resultó indispensable para que yo pudiera desarrollar mi pasión por escribir.

No haber visitado la mezquita, fuente de orgullo para nuestra familia, me hace sentir en deuda. No solo conmigo mismo, sino también con mis padres. Y con esos antepasados que creyeron posible construirla y lo hicieron, a pesar de las numerosas dificultades que tuvieron que enfrentar para lograrlo.

Siempre he tenido miedo a volar, por eso he viajado en avión solo dos veces en toda mi vida. Ninguna de ellas ha sido para visitar Kazán. Poco pudieron hacer mi amplio conocimiento científico y mi confianza en las estadísticas para derrotar ese miedo que emergía desde lo más profundo de mis entrañas. Tampoco he viajado en barco, simulando creer que mis compromisos editoriales me lo impedían. Pero no soy ingenuo y nunca he logrado engañarme. Fueron simples excusas para disimular la debilidad de mi espíritu. Ni siquiera me tomé el tiempo de viajar en el más accesible mundo de la literatura, a pesar de haber escrito tanto.

Pero ahora quiero dejar atrás toda esa pesadumbre. Estoy en Kazán y es mi oportunidad de cambiar un destino que parecía clausurado. Estaré aquí durante cuatro noches, en compañía de Alena, la guía rusa que oficiará de intérprete ante las personas que encontremos en la ciudad.

Alena es una mujer hermosa, algo que no me extraña estando en Rusia. La desgracia de no hablar ruso, siendo ruso, parece no tener límites.

Ya son pocas las cosas que me sorprenden, pero Kazán lo ha hecho por su belleza, alimentada por las famosas aguas del amplio y majestuoso Río Volga. La ciudad se ubica a unos ochocientos kilómetros al este de Moscú y es la capital de la República de Tartaristán. Su población se compone de rusos étnicos (cristianos ortodoxos) y tártaros (musulmanes), pueblos muy diferentes que han aprendido a convivir de manera ejemplar.

Luego de recorrer las apacibles calles céntricas de la ciudad y su Kremlin, nos dirigimos hacia el Viejo Distrito Tártaro, el barrio tártaro por excelencia. Allí se eleva la mayoría de las más de cincuenta mezquitas que alberga la ciudad. Casi desde cualquier punto del distrito es posible ver el minarete de una de ellas. Todas son diferentes y produce un inexplicable placer descubrirlas al doblar en cada esquina.

Soy un apasionado de la historia, por eso me resultó atrapante conocer cómo los tártaros terminaron poblando este distrito. Esa historia incluye una leyenda conmovedora. Luego de que los rusos tomaran Kazán

en 1552, los musulmanes fueron expulsados detrás del Lago Kaban, en aquel entonces las afueras de la ciudad, para dificultarles el acceso al Kremlin en el caso de una revuelta. Los incalculables tesoros del Kan tártaro depuesto —que imagino intangibles— fueron entonces escondidos en el lago, donde una gigantesca serpiente Azhdaha los protege.

Mientras imagino las facciones de la Azhdaha, llegamos a la mezquita Asimov. Lo primero que vemos al bajar del automóvil son trabajos de reparación en marcha, situación que me resulta francamente decepcionante. Con una parte de su estructura cubierta por materiales de trabajo y la otra con ladrillo a la vista, la imagen difiere bastante de las fotos que había visto antes de la visita. Tras unos minutos, ya superado el desencanto inicial, me alegra comprender que los trabajos permitirán a muchos otros disfrutarla en el futuro.

Debido a mis raíces judías, noto de inmediato la Estrella de David que corona la mezquita, símbolo que en el mundo del Islam es conocido como el Sello de Solimán. Mis raíces no me hacen una persona religiosa, aunque el tema me interesa desde un punto de vista histórico y filosófico. Mi padre era judío ortodoxo, con una sólida formación. Pero no llevaba esas creencias en su corazón, así que nunca buscó que yo siguiera sus pasos. Aunque de otro modo, seguí su ejemplo al convertirme en un agnóstico sin convicción. Una forma amable de admitir que, en mi corazón, soy ateo. Es decir, un creyente en el final definitivo. Esta desgraciada fe encierra, sin embargo, un posible beneficio. El deber de no dejar cuentas pendientes.

Ingresamos por fin al complejo de la mezquita y una señora muy cálida, luego de interrogarnos, nos expresa un inesperado amor por Argentina. También nos presenta a Azat, el Imam a cargo de la mezquita, con quien iniciamos una amena conversación. Ante nuestra pregunta, nos confirma que nunca antes visité el lugar, algo que obviamente ya sabíamos. Como curiosidad, agrega que muchos turistas —sin la más mínima intención de cumplir un sueño— llegan cada día a conocer el lugar, alentados por esta historia. Al saberlo, no puedo evitar deprimirme.

El Imam nos explica que la mezquita comenzó siendo una simple estructura de madera. Solo en 1887, tras obtener los permisos correspondientes, mi tío abuelo Murtaza Asimov pudo comenzar una nueva obra a base de piedra. Esta es la construcción que perdura hasta el día de hoy. Lamentablemente, murió antes de poder verla terminada. Parece que los Asimov tenemos una predisposición genética a llegar tarde.

Dentro de la mezquita, lo primero que llama mi atención son las ventanas con vitrales de colores. Un diseño inusual en el mundo musulmán, según nos confirma el Imam. El blanco de las paredes realza las ventanas y el rojo de la alfombra principal. La mezquita es bastante pequeña, con una atmósfera calma y espiritual. Se me presenta como un gran lugar para escribir, una idea casi opuesta a mi antigua fantasía de hacerlo en un kiosco del metro de Nueva York.

Salimos al patio y, junto a la mezquita, encontramos la *madrassa*. Siendo el período vacacional, podemos recorrer sus no demasiado extensas instalaciones, el patio y el área de juegos. Me entusiasma pensar que algún día, quizás, los estudiantes que toman clases aquí leerán algunas de mis historias. Previendo la posibilidad de que también lean estas líneas, me gustaría aprovechar mi privilegiada posición para decirles algo importante: no comentan el mismo error que yo, vayan tras sus sueños mientras puedan hacerlo.

Luego de despedirnos del Imam y de la señora cálida, dejamos la mezquita. Ha sido una visita objetable, lo sé, pero no he querido desperdiciar esta última oportunidad de intentarlo. He enfrentado mis sombras y, gracias a ello, he podido lograr una mayor comprensión. Sin dudas, una de las experiencias más bellas de la vida... y del después. Ahora me siento mucho mejor. Juan está orgulloso de mí. Yo, también.

Viajera de la 66

Para Oto.

Encontré el diario un domingo, en la tradicional feria de San Telmo. El calor y la multitud me habían empujado a refugiarme en uno de los tantos locales de antigüedades que poblaban el barrio. El local se dedicaba a vender todo tipo de artículos usados, viejas pertenencias de hombres y mujeres que ya no estaban entre nosotros. Los objetos estaban dispuestos en diferentes mesas y se agrupaban según sus antiguos dueños, de modo tal que uno podía hacerse una rápida y espeluznante idea sobre sus gustos, sus estilos y hasta sus formas de ser. Yo los tomaba con culpa entre mis manos y los estudiaba con extremo cuidado, no sin temor de que los antiguos dueños me sorprendieran de repente por detrás. Reacción natural o exceso de imaginación, lo cierto es que esa visualización me resultaba muy perturbadora. Cargado con esa pesadumbre emocional, recorrí los angostos y polvorientos pasillos del local, casi viendo a cada uno de esos habitantes del pasado. ¿Cómo habían llegado hasta allí estas piezas? ¿Era lícito despedazar de este modo lo último que quedaba de estas personas? ¿Había alguna forma de no hacerlo?

En esa espiral descendente de preguntas sin respuesta iba cayendo cuando encontré un conjunto de objetos que encendió mi atención. Eran pocas piezas, pero consistentes. Con seguridad, habían pertenecido a una mujer joven. Una campera de cuero, botas, una guitarra, muchos anillos de plata. Y un diario.

Tomé el diario y lo hojeé. Era, en esencia, un diario de viaje por Estados Unidos. Pasé rápido las hojas todavía tirantes con mi dedo pulgar, como para obtener una idea general del mismo. Lo que más llamó mi atención, sobre el final, fue encontrar la letra de una canción que ya conocía. O mejor dicho, una nueva versión de su traducción al español.

*“Si algún día al oeste vas a ir
escuchame, no te vas a arrepentir
andarás bien por la 66.*

*Se menea de Chicago hasta L.A.
son dos mil millas, pero vas a estar OK
andarás bien por la 66.*

*Va por Saint Louis, después cruza Missouri
ciudad de Oklahoma decepciona, sí
verás Amarillo, The Duke, hasta Santa Fe
Flagstaff, Arizona, no hay nada en Winona
Kingman, Vegas, Barstow, San Bernardino, L.B.*

*Muchas cosas vas a ver
en este viaje todo lo podrás hacer
andarás bien por la 66”*

Yo conocía la versión original en inglés y también la famosa traducción al español, popularizada por Pappo. A primera vista, esta nueva letra me pareció superior. Repasé mentalmente la letra de Papo y concluí que no era difícil mejorarla, a pesar de que había escuchado a varias personas describirla como una obra “destacable”. La nueva versión iba acompañada en el diario de algunas notas, antes y después.

“Pocas cosas me molestan más que una buena canción, con una buena música o una buena idea detrás, arruinada por una mala letra. No, peor que mala, cómoda y desganada. ¡Qué evidente cuando el autor abandona una letra demasiado rápido, cuando se la saca de encima! [...]

La letra en español de Ruta 66 me parece penosa. No hay que ser un genio para darse cuenta, tan solo se necesita escucharla o leerla una vez. Ni siquiera tiene sentido que me explaye sobre el tema. Cualquier nueva versión, como la mía, habla por sí sola. [...]

La letra original en inglés también deja mucho que desear. [...]

Mi nueva versión solo intenta evolucionar lo ya hecho, llevarlo a un próximo nivel. No busca destruirlo ni reemplazarlo, sino extenderle una mano fraterna. Tanto la letra original en inglés como su traducción al español tienen una historia que es importante respetar y proteger. [...]

Admiro a Pappo de la única forma que es posible hacerlo, esto es, por cómo toca la guitarra. Solo por eso tiene mi gratitud eterna. Del resto, mejor no hablar. Especialmente de dos hechos que me resultan

insoportables. Su letra de Ruta 66, tan deplorable. Y su forma de morir, tan opaca, contaminada, controvertida.”

Seguí hojeando el diario. Lo hice rápido y desconcentrado, sabiendo que no podría asimilar todo el contenido mientras fuera tan solo un posible cliente más en el local. Llegué a entrever una relación entre la crónica de viaje y la nueva versión de la letra. Miré con nerviosismo a mi alrededor, buscando identificar potenciales competidores esperando su turno para arrebatarme estos objetos cuya excepcionalidad yo sentía haber descubierto antes que nadie. Hasta ese momento, nunca había comprendido cómo alguien podía comprar piezas escritas por personas fallecidas y desconocidas, tales como cartas, postales o diarios. Pero ahora no podía pensar en irme del local sin ese diario. Hubiera querido, además, llevarme todos los objetos de esa mujer misteriosa, pero no tenía suficiente dinero. Luego de examinarlos durante un largo tiempo, decidí quedarme con el diario y con uno de los anillos de plata que me calzaba justo en el meñique. Tenía una inscripción: 66. Pagué con actuado desinterés y volví directamente al departamento.

Leí el diario de un tirón, sin pausas, mientras acariciaba el anillo. El final me sobresaltó.

El nombre de la viajera no figuraba en ningún lado, pero eso no me impidió conocerla en profundidad. La supe audaz y atractiva (si es que eran cualidades diferentes), pero también insatisfecha y triste. Su viaje a Estados Unidos, como siempre ocurre con los viajes, había comenzado mucho antes.

“La mañana es fría, como lo son todas las mañana de junio en Buenos Aires. Hace tiempo que las distracciones que trae el verano quedaron atrás. Ahora, la ciudad y yo podemos sumirnos sin excusas en la oscuridad que solo se encuentra en las profundidades, donde se refugia, en soledad, la verdad. [...]

La ciudad son sus habitantes, aunque a veces creamos posible escindirlos. No soy una excepción. Nací, crecí y amé en Buenos Aires, ciudad de la cual soy parte necesaria, a pesar de que no haya en ella un lugar para mí. [...]

Sufro en Buenos Aires. Mi vida es afortunada, pero ajena. Lo sé muy bien, como se saben las cosas por la mañana, cuando el despertador nos arranca de un sueño y nos arrastra hacia una realidad demasiado extraña. Hoy no apagué el despertador de inmediato, lo hice unos minutos más tarde, cuando estuve lo suficientemente despierta, o resignada. [...] Me

concentro en el frío de mi nariz, de mis orejas y de mi alma. Afuera suenan ráfagas de viento. [...]

No soy feliz. No sé por qué ni desde cuándo, tal vez desde siempre. Y lo peor, no sé cómo serlo. Ahora lo acepto plenamente, por primera vez. Quizás esta sea una nueva base desde la cual volver a construir, aunque no tengo la menor idea de qué. Los detalles de mi vida son irrelevantes porque mi vida también lo es. Para mí y, entonces, para los demás. [...]

Me siento una extraña en mi propia vida, como si no la hubiera elegido. Mi rutina, mi familia, mis amigos, mi presente en general, se sienten como una equivocación. Me percibo encerrada en una prisión invisible de la que nunca me he atrevido a escapar, tal vez porque nunca supe de mi encierro o tal vez porque nunca supe cómo hacerlo (o hacia dónde). Esa pasividad inocente —o culpable— solo me ha traído hasta aquí, a este transcurrir sin sobresaltos, a este vacío insignificante. [...]

Estoy cansada de mi abandono. Ya me he dejado atrás demasiado tiempo. Quiero darle lugar a otros criterios, a otros resultados —quizás peores—, aunque más no sea para cambiar. Así que abro todos los poros de mi ser a la posibilidad de una nueva forma de ver las cosas, de hacerlas y de sentirlas. [...]

Siento un derrumbe, una implosión. Necesito vivir mejor. O dejar de hacerlo.”

El punto de quiebre en el diario era insoslayable y parecía dar impulso, por lo menos, a la decisión de viajar a Estados Unidos.

“Me desperté sobresaltada. Pero no por el despertador de siempre, el ignorante de la relatividad del tiempo del hombre, sino uno interno que no alteró el silencio de la habitación. Las mañanas habían sido grises durante meses, pero la de hoy fue brillante. Me siento entusiasmada. [...]

Voy a viajar a Yankilandia, lo antes posible. “El gran país del norte”, la tierra del rock, del blues y del jazz. Como siempre soñé, quiero “hacer” la Ruta 66 en moto, en una buena moto. [...] Nada me importa más que hacer realidad este sueño. [...]

Ya tengo el pasaje, viaje pasado mañana. Gracias a la determinación —o a la desesperación— puse en orden mis cosas en un tiempo increíblemente corto. Siempre hay tiempo. Vendí lo poco que tenía para reforzar mis ahorros y me despedí de las pocas personas importantes. Me siento llena de una incertidumbre que, al mismo tiempo, contiene una certeza inamovible. Puedo sentir la vida fluyendo por mis venas, como en

los viejos tiempos casi olvidados cuando todavía me permitía soñar. Hoy, mucho tiempo después, vuelvo a sentir entusiasmo y orgullo. [...]

Este viaje es una ruptura definitiva con el pasado. Es la libertad de entregarme al deseo y la posibilidad de encontrar un sentido... quizás escondido justo detrás del sinsentido. [...]

Ya estoy en Yankilandia, ¡no puedo creerlo! ¿Cómo pude privarme tanto tiempo de esta excitación? [...] Solo he decidido el punto de partida, Chicago, y el de llegada, Los Ángeles, porque toda gran aventura debe tener el mar como horizonte. [...]

Alquilé una Harley de lujo, ¡nunca había tenido una moto de este tamaño ni había disfrutado tanto pagar semejante cantidad de dinero! Esa misma tarde estuve conociendo mi flamante compañera de viaje por las calles de Chicago. ¡Alucinante! Más tarde volví a mi motel de mala muerte, con el pecho hinchado de emoción. [...]

Chicago me pareció sorprendente, con sus imponentes rascacielos y sus facciones industriales, con su centro de calles prolijas y prósperas. Pero también distante. Su importancia en la historia del blues, la impecable estación central de trenes y los edificios pujando por sobresalir me resultaron insuficientes. No pude sentirme a gusto en la ciudad ni imaginarme viviendo aquí algún día. Y eso que estamos en verano; Chicago promete ser cruel durante el invierno. Con gran esfuerzo, solo puedo aceptarme pateando frustraciones en alguno de sus ásperos barrios del sur, tal vez del oeste. [...] Hoy terminé extenuada, la ciudad parece interminable. Volví al motel, a cuyas miserias ya pude acostumbrarme, y me entretuve leyendo la letra en español de Ruta 66. La sentí apresurada, incompleta. Pappo, podrías haberle dedicado dos minutos más... [...]

Desde Chicago, la 66 se menea hasta Los Ángeles. Me gusta que “se menea”. El primer encuentro con la ruta fue emocionante, aunque se tratara en realidad del nuevo sistema nacional de autopistas, el reemplazo eficiente de la vieja ruta original. La autopista es amplia, funcional y necesaria, como debe ser una autopista. Y, por supuesto, carece de cualquier tipo de encanto. Cuando por fin bajé a la ruta original —todavía corre paralela a la autopista en muchos tramos del camino— me sentí como entrando en un sueño. Era angosta, poco mantenida y estaba desierta. [...] Ahora, solo es utilizada por los lugareños, como una más de las rutas siempre asfaltadas que cruzan el infinito campo estadounidense, tan llano como nuestra pampa, pero más verde, uniforme y productivo. [...]

Llegando a Auburn, me fascinó encontrar una porción de la ruta original hecha de ladrillos rojos. [...]

La 66 va por Saint Louis, “la puerta hacia el oeste”. En el centro de la ciudad, un arco gigantesco homenajea la expansión yanqui —a sangre y fuego, eso no lo dice— hacia la costa del Pacífico. A pesar del apodo y el monumento grandilocuentes, la ciudad me pareció olvidable. De hecho, ya casi no la recuerdo. No es el tamaño, creo que podría amar Portland si la conociera. [...] Como tantas otras ciudades yanquis, Saint Louis arrastra serios problemas de segregación racial, con barrios y escuelas divididas de hecho según el color de piel. Triste. [...]

Tras pasar por “la puerta hacia el oeste”, la 66 cruza el estado de Missouri. Como en otros estados, la ciudad más grande e importante (en el caso de Missouri, Saint Louis) no es la capital. La de Missouri es Jefferson City, una ciudad casi desconocida. [...] Me gustó el pequeño pueblo de Cuba, determinado a hacerse conocer a fuerza de coloridos murales. [...]

La Ciudad de Oklahoma decepciona, sí. Para comenzar, no es una ciudad, sino un tejido urbano, cruzado por autopistas, sembrado con miles de cigüeñas extractoras de petróleo. No existen los transportes ni los espacios públicos. Sobran, en cambio, autos y centros comerciales. El centro cívico existe, pero parece una maqueta y está vacío. Fue construido deliberadamente por el gobierno local, hace unos pocos años, después de llegar a la conclusión teórica de que debían tener uno y promoverlo. Los ciudadanos todavía no lo entienden y, por lo tanto, no lo frecuentan (ellos dicen que “no lo utilizan”). [...] Se destaca el memorial por el atentado de 1994, el más grande de la historia yanqui hasta 2001. [...] No me parece que la ciudad “looks oh so pretty” ni, mucho menos, que “es tan bonita que”. ¿Tan bonita que qué, Pappo? ¿En serio, mi querido, visitaste este engendro petrolero? [...] A pesar de ello, la vida siempre se impone y, como una flor que perfora el cemento, la música “americana” de las Annie Oakley lo justifica todo. [...]

Hoy crucé por Amarillo, la ciudad más importante del norte de Texas. También es la ciudad texana más importante atravesada por la 66. Además de los jeans y los sombreros blancos con alas, pude comprender con facilidad por qué dicen que “en Texas, cuanto más grande mejor”. En el famoso restaurante Big Texan Steak Ranch presencié el exagerado Texas King challenge. Un cliente, un verdadero gigante, devoró un bife de dos kilos en menos de una hora. [...] No lo sabía, pero Texas es uno de los

estados más ricos y desarrollados de Yankilandia y no una lejana provincia del sur, como me la había imaginado en un principio. [...]

Por fin llegué a Albuquerque, cuyo nombre original era Alburquerque, nombrada en honor al Duque de Alburquerque (España). Por eso ahora es conocida como The Duke o Duke City. Una ciudad que me resulta inexplicablemente simpática. Quizás se lo deba a Neal y a Miranda, mis guías en la ciudad, simpáticos personajes que encuentran en todo una razón para reír y son de los pocos yankis con verdaderos conocimientos sobre Argentina. [...] La ciudad es mediana, muy árida y quema como el infierno. Empujadas por la realidad, las redondeadas casas de adobe y la decoración basada en vegetación autóctona van recuperando terreno frente al concreto brutal y al césped verdísimo, consumidor insaciable de un agua siempre insuficiente. Cruce de la Ruta 66 y el viejo Camino Real, The Duke fue una vez un importante asentamiento español que acumuló increíbles conflictos con los pueblos Navajo, Pueblo y Apache. Casi un estado bilingüe, en pocos lugares puede comprobarse (y celebrarse) una influencia española y mexicana tan marcada. [...] Pero si algo debería agradecerle a The Duke es haberme acercado a Santa Fe, una hermosa ciudad colonial española con gran influencia de los pueblos aborígenes. La plaza central, los mercados, las iglesias, las construcciones bajas que combinan estilos españoles y propios. Los descendientes de españoles y de tewas, los artistas y los artesanos, los hippies y los pseudo-hippies. [...] Uno de los caminos que conducen a Santa Fe integra una porción original de la 66 y no podría ser más hermoso. El pavimento imperfecto y poco transitado, el paisaje agreste, las montañas de fondo, el cielo muy azul recortado por nubes rellenas y bien formadas. [...]

Flagstaff, ya en el estado de Arizona, es un oasis fresco de pinos verdes insertado en un infinito e hirviente desierto rojo-amarronado. La ciudad está cruzada por el incesante ir y venir de los trenes de carga, fatigadores incansables del sudoeste estadounidense. Es pequeña, pintoresca y, sobre todo, diferente a todo lo que la rodea. Por la noche, el centro se vuelve oscuro y cinematográfico, como si a pesar de su estética amigable la ciudad no pudiera deshacerse de su pasado, de su genética concebida en el lejano oeste. [...] Flagstaff es la base desde donde visitar el Gran Cañón del Río Colorado, una atracción natural que impresiona por más preparado que uno esté, por más indolente que uno se haya vuelto con el pasar de los años. [...]

No hay nada en Winona. Antes de llegar a esa triste conclusión, y a ese desengaño, recorrí el área varias veces con la moto. No podía aceptarlo. No hay nada, ni siquiera un pueblo fantasma. Tan solo un conjunto de grandes terrenos, encabezados por casas austeras, de las cuales cuelga a menudo una bandera yanki. Ni siquiera el paisaje merecía una visita. He vivido engañada. O mejor dicho, la letra de Route 66 y su traducción al español me han engañado, ¡nos han engañado a todos! ¿Cuántos otros tontos habrán venido hasta aquí, siguiendo el consejo de “don’t forget Winona”, de “no olvides Winona”? ¿Viniste vos, Pappo, a Winona? ¿Vale una rima un engaño? ¿Es imprescindible, a veces, mentir para rimar? No, ¡claro que no! [...]

Kingman y Barstow son dos pequeños pueblos, poco destacables a primera vista. Comparten, sin embargo, un secreto. Son los puntos de desvío a Las Vegas, también conocida simplemente como Vegas. La 66 no pasa por Las Vegas, pero ningún viaje a través de sus interminables paisajes se atreve a evitarla, como si La Ciudad del Pecado nos enseñara a desafiar las rutas establecidas, por más señalizadas y asfaltadas que estén. ¿Qué hay entre Kingman y Barstow a lo largo de la 66? Nadie lo sabe. [...] Las Vegas es una ciudad espejismo, un oasis artificial en el medio del desierto, un desafío a lo imposible, un monumento a la voluntad y el trabajo. Es también la ciudad del entretenimiento, del derroche y de la frivolidad. Expresa como pocas las dos caras del fenómeno yanki. [...]

Nada pasa en San Bernardino. Y mucho menos “grandes olas rompen”, ya que está a casi cien kilómetros de la playa. ¡Qué estafa! Sin dudas, es grande la tentación de incluir la costa, el mar, el eterno Pacífico en una canción sobre la 66. ¿Pero hacerlo a cualquier costo? [...] Long Beach es una de las mini-ciudades que integran, todas juntas, la megaciudad de Los Ángeles. Los yankis suelen llamarla por sus iniciales, L.B., como lo hacen con cualquier nombre (como Buenos Aires) cuya falta de practicidad lo justifique. Los Ángeles está tomada por el cáncer automotor; y por el de la superficialidad, agregarían en San Francisco. Una ciudad absolutamente prescindible, solo salvada —como Miami, estimo— por recostarse sobre el océano y contar con una extensa playa que permite sentarse a mirar el horizonte. [...]

A veces es necesario ser duro, tajante y concluyente. No tanto para perseguir un eventual sentido de la justicia, sino para proteger los momentos de blandura, incertidumbre y esperanza. [...]

Ahora me siento libre y feliz, en la cima, un lugar desde donde ya no puedo regresar. No tengo más dinero, pero tampoco expectativas. Mañana, en la ruta hacia San Francisco, será el final. Pero será uno limpio, nítido, resplandeciente.”

Centro cerrado

Para Noe.

“¿Primera vez en la India?”, esa era la pregunta que te hacían los indios para medirte. Una respuesta afirmativa significaba que eras un tierno y que con alta probabilidad no conocías los interminables artilugios que manejaban para sacarte dinero. “¿Y hace cuánto tiempo llegaste?”, era la siguiente pregunta, como para calibrar con mayor precisión tu ubicación en el suave mundo de la ternura. Una respuesta negativa los decepcionaba, pero nunca jamás los llevaba a darse por vencidos.

Yo no lo sabía la primera vez que llegué a la India. Algunos conocidos me habían dado muchísima información sobre la comida, el clima, etc., pero ninguna sobre cómo defenderme de las maniobras filodictivas que acechaban en cada esquina. Quizás habían realizado un viaje burbuja y, atornillados a un taxi prepago, habían renunciado a experimentar el vértigo callejero para poder viajar en paz.

Yo sabía que la India era enorme y caótica. De un modo general, también sabía que el desorden era la tierra fértil donde crecían los estafadores. Pero, por supuesto, no podía saber el detalle de cada una de las situaciones que se me presentarían.

No todas eran malas noticias. Yo sentía tener el respaldo instintivo de la cultura argentina y latinoamericana, donde cada movimiento cercano representaba un peligro y, por lo tanto, era mandatorio estar siempre atento. Cuando viajaba afuera, especialmente a países difíciles, llevaba esa desgracia como un capital del cual hasta llegaba a sentirme orgulloso. Y, entonces, me auto imponía la responsabilidad de no defraudarlo.

Eran las diez de la noche cuando llegué a Delhi. Al salir del aeropuerto, con buenas cuotas de paranoia y resignación, cambié dinero carísimo en el aeropuerto y compré un chip para mi teléfono celular. La línea recién se activaría seis horas más tarde, así que mi viaje hasta el hotel sería a la vieja usanza, con anteojeras virtuales. A pesar de ello, estaba listo para tomar todos los transportes públicos que fueran necesarios, con mi gran mochila, mi blancura invernal y un cuchillo entre los dientes.

Salí del aire acondicionado del aeropuerto y choqué contra una pared de pesado aire cálido, como le ocurre al agua cuando la vuelcan sobre el aceite. Un puñado de taxistas se abalanzó sobre mí. Pensé en los billetes de dólares que tenía en los bolsillos. A fuerza de repetir “no” en un tono cada vez menos amigable, me hice lugar hasta entrar en la estación de metro, felizmente ubicada dentro del aeropuerto. Unos cuarenta minutos de viaje en el metro me llevaron hasta la terminal de trenes.

Yo había visto muchas cosas en mi vida, pero la primera vista de Delhi fue impresionante. Una gran avenida intentaba contener un caudaloso río de colectivos, autos y *tuc tucs* que no paraban de tocar bocina. Por encima de la avenida, un puente peatonal, tubular e iluminado, permitía cruzarla y le daba tintes extraterrestres a la escena. Más atrás, se levantaba la mítica terminal de trenes. Y todo teñido por una densa nube de *smog* que atenuaba los reflectores y limitaba la visibilidad general.

El camino hasta el hotel parecía sencillo. Debía atravesar la avenida utilizando el puente tubular y luego la terminal utilizando el puente de los andenes. Una vez del otro lado, caminar unas pocas cuadras. Según mis cálculos, el trayecto no iba a tomarme más de veinte minutos.

Cuando abandoné la primera contemplación de la ciudad, me di cuenta de que dos hombres me miraban. Estaban parados junto a la escalera que daba acceso al puente tubular. Caminé hacia allí con determinación e ignoré lo que me dijeron. Solo escuché algunas palabras sueltas, como “festival”, “centro cerrado” y “permisos”. Me felicité por esa primera no interacción exitosa.

Al final del puente tubular, había un nodo de conexiones que permitía acceder al puente de los andenes para cruzar la estación, pero también bajar las escaleras para llegar al otro lado de la avenida. En ese nodo había unas tres personas, bien vestidas, interceptando a los peatones. De manera sistemática, les impedían el paso al puente de los andenes y los desviaban hacia las escaleras laterales, con el breve anuncio en voz alta de que solo aquellos con tickets de tren podían acceder al puente de los andenes.

“La puta madre”, fue lo primero que pensé. Lo único que tenía que hacer para llegar al hotel era cruzar el puente y estas personas me decían que no podía hacerlo.

Encaré a uno de los individuos desviadores e insistí en que necesitaba pasar. Le expliqué de mi viaje interminable, de la hora de la noche, del breve trayecto que necesitaba hacer para llegar hasta el hotel. Hablando

rápido y en voz alta, me volvió a explicar que no podía dejarme pasar. Solo podía hacerlo si yo tenía los tickets. Le pregunté por qué. De manera amable pero firme, me explicó que era para mantener el orden en la estación. Además, el centro, del otro lado de la estación, estaba cerrado debido al festival. ¿Tenía el permiso? En caso negativo, tendría que ir a buscarlo a la oficina de turismo para acceder a esa zona. “Pero a mí nadie me avisó nada”, insistí. El hombre puso cara de lamento y me señaló la escalera.

La respuesta era discutible, pero no sonaba del todo insensata. Después de todo, no parecía una locura que alguien intentara organizar un poco semejante descontrol super poblacional. India estaba a punto de convertirse en el país más poblado de la Tierra. ¿Acaso alguien esperaba lidiar con un reloj suizo?

“¿Primera vez en India?”, interrumpió el hombre mis reflexiones. “Sí, acabo de llegar”, me vendí sin saberlo. El hombre hizo un gesto de querer ayudarme. Me pidió que lo acompañara hasta la cabecera de las escaleras y me dio indicaciones precisas sobre en qué dirección bajar, cómo tomar un *tuc tuc* hasta la oficina de turismo y cuánto pagar como máximo por ese transporte. Era muy barato. Yo no podía creer que tendría que cambiar mi cómodo plan de caminar unas pocas cuadras por este plan largo y burocrático, pero no veía alternativas.

Bajé por las escaleras y me encontré del otro lado de la avenida. Había una especie de parada de *tuc tucs*, además de varios puestos de comida callejera. Se escuchaba mucho ruido. Un hombre de camisa azul me abordó. En un buen inglés, me ofreció un *tuc tuc* para ir hasta mi hotel. Si no tenía el permiso, lo iríamos a buscar gratis. Lo ignoré. Tenía la vaga y correcta idea de que era yo quién debía elegir el *tuc tuc* y no al revés. Navegué entre el desordenado borde de la avenida. Los conductores no hablaban inglés o por lo menos no me entendían. Mientras tanto, el hombre de camisa azul no paraba de perseguirme y hablarme. Inútil era que lo ignorara o que le pidiera de mala manera que me dejara en paz. Estaba decidido a no dejarme pensar. Por fin encontré un conductor de *tuc tuc* que parecía hablar un poco de buen inglés. Traté de negociar con él, pero el hombre de camisa azul intervenía y le hablaba en hindi.

Yo tenía cada vez más ganas de agarrarme a trompadas ahí mismo, pero mi sentido de la conveniencia todavía al mando me advirtió que no era la mejor manera de comenzar el viaje. Llevaba solo quince minutos en la

calle. Además, tenía la computadora, el dinero y otras cosas de valor en la mochila, sin contar que una pelea de final incierto retrasaría todavía más mi llegada a destino.

Parado junto al conductor de *tuc tuc*, el hombre de azul volvió a hablar en nombre de todos. Me dijo que intentaríamos acceder al centro sin el permiso. En caso de fallar, me llevarían a la oficina de turismo sin costo. “Qué tipo más denso, dios mío, qué ganas de *embocar*lo acá mismo”, pensaba y me refregaba las manos en la cara, en un inequívoco signo de cansancio que mi adversario debe haber saboreado con enorme placer. Así era. Había viajado más de treinta horas y tenía hambre. Estaba solo, flotando en un mar de idioma hindi sin aparente tierra a la vista. En un error que ahora es fácil calificar como histórico, decidí aceptar las condiciones intervenidas del conductor y seguir adelante.

Subí al vehículo. El *tuc tuc* se sumó a la comparsa de bocinas hasta que logró salir de la zona más atestada de tráfico. Luego, tomó una especie de avenida que por contraste parecía silenciosa. Eso habilitó al conductor a intentar la conversación. En India, muchas personas hablaban inglés, pero era un inglés transaccional, limitado, útil para desenvolverse en la vida diaria, pero no para filosofar. Me preguntó lo de siempre. Si era mi primera vez en India, mis tiempos de estadía, los lugares de visita, etc. Luego me preguntó si practicaba yoga. Le dije que no y le devolví la pregunta. “No, yo soy pobre”, me contestó. Ninguno de los dos supo cómo seguir la conversación.

Llegamos hasta lo que parecía ser uno de los accesos del centro. Estaba muy iluminado y había una gran cantidad de vallas amarillas. En letras rojas, las vallas decían “Policía”. Intentamos pasar, pero dos hombres bien vestidos nos lo impidieron. El conductor intercambió unas palabras en hindi y luego me explicó que, tal cual me lo habían adelantado, no podíamos pasar sin el permiso. Miré al cielo, buscando inspiración. Perdido por perdido, me dirigí a los hombres y les expliqué lo obvio una vez más. Era tarde, acababa de llegar y nadie me había avisado del permiso, necesitaba que por favor hicieran una excepción. Me sentí un poco ridículo pidiendo lo mismo que sin dudas pedirían todos, pero había que intentarlo. Los hombres se lamentaron y me dijeron que mi requerimiento era de imposible cumplimiento. Debía sacar el permiso y regresar. “Qué ridiculez”, pensaba una y otra vez. “¿Por qué el hotel no me avisó nada?”

¿Por qué no había avisos en el aeropuerto o en el metro? ¿Por qué las oficinas de turismo no estaban en esos lugares?”

Partimos en busca del permiso. Era claro que nos alejábamos del centro, porque el tráfico se volvía cada vez más tranquilo. Tomamos otra avenida y, luego de un buen rato, doblamos en una calle lateral desolada. “Espero no estar *en el horno*”, pensé. En medio de la oscuridad, apareció un local bien iluminado que decía *Turismo*. Miré bien el lugar. No era un local oficial, sino una pequeña agencia de viajes. ¿Qué hacía este local, fuera oficial o no, en medio de la nada? ¿Por qué estaba abierto a esa hora? Más importante todavía, ¿qué hacía yo estacionado en la puerta, con todas mis pertenencias, recién llegado a India? “Qué raro todo, carajo”, no paraba de repetirme.

El *tuc tuc* se detuvo y el conductor me señaló el local. Traté de pensar por un minuto. Decidí bajar con todo mi equipaje. Entré a la oficina. Más que una empresa, el lugar me recordaba a las *unidades básicas* de Buenos Aires. Lo primero que había al entrar era una sala de espera, con un gran mapamundi centrado en India como decorado principal sobre una de las paredes. Una voz me llamó desde el fondo.

Pasé. Un hombre consistente con el lugar me estaba esperando. Operaba su estación de trabajo con una gran naturalidad, como si fueran las once de la mañana. Tenía un notable parecido a Diego Armando Maradona, pero con una tonalidad de piel más oscura. Esa apariencia me llevó a concientizar una sensación que confirmaría en el resto del viaje. Las facciones de las personas indias eran bastante parecidas a las nuestras. Y también la expresividad, la mirada y la forma general de moverse. Eran como latinos pero con una piel más oscura.

El hombre me invitó a tomar asiento. Acepté y le pedí el permiso sin demasiados preámbulos. El hombre me preguntó si era mi primera vez en India, dónde iba y cuál era mi hotel. Le contesté. Me explicó que había un festival, que el centro estaba cerrado y que era necesario un permiso. Lo de siempre. La novedad era que, según él, la mayoría de los hoteles de la zona también estaban cerrados. “No puede ser, nadie me avisó nada”, volví a negar esa posibilidad con firmeza.

El hombre me pidió paciencia y buscó el hotel en Internet. Cuando lo tuvo en pantalla, levantó el teléfono y marcó el número. Tuvo una breve conversación en hindi. Luego, me pasó el teléfono. Una voz del otro lado confirmaba los hechos. Festival, centro cerrado, hotel cerrado, etc. Como un

reflejo, le pedí que me detallara su nombre y los datos de mi reserva. Me dio un nombre indio imposible de retener y luego se limitó a repetir que solo era un recepcionista telefónico, cuya única función era informar que el hotel estaba cerrado por el festival. Devolví el teléfono al hombre sentado frente a mí. Lo colgó y, muy tranquilo, se quedó mirándome.

En mi interior, había una batalla. Una parte de mí se aferraba al escepticismo. Todo era demasiado extraño, aun para tratarse de la poco sistemática India. Había cosas que simplemente no podían ocurrir en ningún lugar del mundo. Mi otro yo, más cansado e inseguro, me recordaba que no tenía idea de cómo funcionaban las cosas de este lado del planeta. O que, en verdad, sí la tenía. Allí todo era posible.

En ese debate me desangraba cuando el hombre me ofreció la posibilidad de reservar otro hotel. Esa oferta encendió alarmas adicionales. El disparador, inconsciente, era muy simple. Si había que poner dinero extra, estábamos en el mal camino.

Le informé al hombre que saldría afuera un momento, a tomar un poco de aire antes de decidir qué hacer. Me advirtió que pronto los hoteles cerrarían la toma de reservas. ¿Realidad, simple presión vendedora o confirmación de un peligro mayor en ciernes? Lo ignoré y salí afuera. Dos hombres desconocidos conversaban con el conductor del *tuc tuc*. Me acerqué y le presenté mis quejas por haberme llevado hasta ese lugar, en medio de la nada, para sacar un permiso que no querían darme. Yo quería ser firme, pero dada mi inferioridad en todos los planos, tampoco quería hacer locuras. De ningún modo deseaba forzarlos a hacer conmigo más de lo que ya tuvieran en mente hacer. Mientras yo ampliaba mi descargo, los hombres desconocidos se reían de mi expresivo movimiento de manos y me pedían calma. “¡No quiero calmarme un carajo!”, les dije casi a los gritos en español.

Yo ya había aceptado que algo no estaba bien, que probablemente había una estafa pendiendo sobre mi cabeza, pero todavía no la comprendía por completo ni estaba seguro de cómo salir de ella. El hecho de que todavía no me hubieran asaltado mantenía latente la posibilidad de que hubiera algo de cierto en la historia que todos me repetían sin fisuras.

El conductor y los dos hombres insistieron en la necesidad de regresar al local. “¿Y estos dos *muñecos* quiénes son? ¿Qué hacen acá, opinando?”, dejaba crecer en mí la intolerancia. Bendecido por una ráfaga de claridad, decidí enfocar mis esfuerzos en mantenerme lo más cerca posible del plan

original. Volví a entrar al local y me dirigí al fondo. El Maradona indio seguía sentado en el mismo lugar. Le dije que quería el permiso. Ninguna otra cosa me interesaba. ¿Iba a dármelo o no? El hombre me explicó que solo era posible gestionar el permiso si yo tenía reserva en algún hotel abierto de la zona y ese, lamentablemente, no era mi caso. “Entonces, adiós”, le dije y encaré la salida.

Volví al *tuc tuc*. Ignoré a los dos hombres desconocidos. Me subí y le hablé de mal modo al conductor. Lo responsabilicé por la situación en la que estábamos y le ordené regresar de inmediato a donde habíamos comenzado el viaje. Empezaríamos de nuevo, aunque fuera la medianoche. “Como alternativa, podés llevarme hasta el hotel, voy a pagarte el doble de lo acordado”, agregué como si fuera otra persona, una que ya había comprendido lo que pasaba. El conductor bajó la mirada, hizo una mueca de decepción y reflexionó durante unos segundos. Luego encendió el vehículo y, sin decir nada, arrancó. Más allá de mi impostada seguridad, yo no sabía adónde íbamos. Luego de varios minutos de tráfico creciente, comprendí que volvíamos a acercarnos al centro.

En un momento inesperado, el *tuc tuc* se detuvo en una esquina. El conductor me señaló una de las direcciones de la calle transversal. “El hotel está a cuatro cuadras”, me dijo.

El intento de estafa se confirmaba. Lo miré enfurecido. Le puse un dedo casi en la cara y le reproché su accionar. Quizás para realzar mi acusación, o porque era muy poco dinero, o porque en el fondo lo comprendía y me daba pena, saqué el dinero que le había prometido y se lo tiré en el pecho.

Me bajé del *tuc tuc* y caminé en la dirección señalada, no sin desconfianza. Era una de las entradas al Main Bazar, zona comercial efervescente que, a esa hora de la noche, descansaba. La calle estaba casi desierta. Había una impresionante cantidad de basura a los dos lados de la calle. ¿En las veredas? No, las veredas no existían. Algunas personas no amenazantes deambulaban por el lugar. Había vacas también, alimentándose de la basura. No había festival, ni centro cerrado, ni permiso.

Cuatro cuadras más adelante, encontré el hotel. Era grande, estaba abierto y proyectaba una gran normalidad en su funcionamiento. Entré. Había poca gente en el hall central y unos pocos empleados trabajaban en la administración en un clima de relativa calma. Al hacer el *check in*, comenté el intento de estafa con el recepcionista. “Ah, sí, un clásico. Todos los días

cae alguien”, me contestó sin inmutarse, sin siquiera levantar la mirada del gigantesco libro de registro de pasajeros que estaba completando.

Con el pasar de las semanas, conocería a otros viajeros que habían sufrido la misma emboscada. La gran mayoría había caído del todo. Y no solo habían sido derivados a hoteles carísimos, sino que además habían terminado contratando viajes para salir de Delhi, hacia otras ciudades “donde sí había capacidad hotelera disponible”.

Cada vez que alguien me contaba sobre la estafa, yo me sentía algo orgulloso de no haber caído del todo. Digo “algo” porque, en el fondo, tenía la certeza de que no me había salvado por mérito propio, sino porque los estafadores habían fallado en la resolución.

Mil cuatrocientos millones de habitantes. Miles de años de historia. Centenares de culturas amalgamadas en eso que llamamos la cultura india. Cuna de grandes religiones y filosofías. Infinitos conflictos, historias y leyendas. Decenas de personas involucradas en una sofisticada escena teatral para desviarme de la estación y llevarme hasta un confín de la ciudad. Y sin embargo, los indios no habían sido capaces de resolver la estafa, a pesar de tenerme aislado, indefenso, en un desconocido callejón sin salida, oscuro, de la incontrolable ciudad de Delhi. Una situación de jaque irremontable que los latinoamericanos, con su juventud histórica y cultural, en cualquiera de sus grandes ciudades, hubieran resuelto de una manera mucho más eficaz, rentable y, tal vez, definitiva.

Una mancha circular amarilla sobre el pasto verde

Para Jorge Raúl.

Papá se llama Horacio. Es católico practicante. En su juventud estudió medicina y en la actualidad se desempeña como médico cirujano en un hospital público. Es una persona respetada y querida, especialmente por aquellos que han sobrevivido a sus intervenciones.

En casa somos papá, mamá y dos hermanos. Vivimos en Alta Gracia. Tenemos también una casa de campo en Anisacate, un pequeño pueblo a unos ocho kilómetros de distancia. A ese lugar lo llamamos “el campo” y lo visitamos, como mínimo, los fines de semana. Está rodeado de naturaleza y, en verano, se convierte en nuestra residencia principal. La casa tiene varias habitaciones y tenemos una piscina, así que decenas de amigos y familiares vienen a visitarnos. Obviamente, porque nos quieren mucho.

Hace tres años, ocurrió algo muy extraño en el campo.

El otoño recién comenzaba. Papá tuvo que ir al campo durante la semana para arreglar una filtración en el techo de la casa. Como no logró terminar a tiempo, decidió quedarse a pasar la noche. De esa forma, retomaría la tarea bien temprano al día siguiente, pero además aprovecharía la noche despejada para sentarse a mirar las estrellas. En silencio, solo él y el universo.

Al día siguiente, ya de regreso en Alta Gracia, papá nos anunció durante la cena que el arreglo había sido un éxito. También mencionó que ese mismo día, por la mañana, había encontrado en el campo (justo frente a la casa) una gran mancha amarilla sobre el pasto. En esa época del año, el pasto era inequívocamente verde.

El tema quedó ahí. Solo recobró vigencia durante el fin de semana, cuando llegamos al campo y vimos la famosa mancha. Era muy amarilla, en franco contraste con el verde que la rodeaba, pero además tenía una perfecta forma circular de unos diez metros de diámetro. Se lo mencionamos a papá.

“Es cierto, no me había dado cuenta”, admitió sin inmutarse.

En ese momento, yo tenía doce años. Por supuesto que el fenómeno me llamaba mucho la atención. Durante días, insistí a papá con preguntas sobre la misteriosa mancha, pero él no demostraba demasiado interés.

“No sé qué es esa mancha, pero sí sé que no tiene mayor importancia”, me contestaba siempre de una manera u otra.

La mancha me preocupaba. Para ser honesto, me daba miedo. Me parecía que había una conciencia detrás de tanta circularidad. Para peor de males, no terminaba de creer en la indiferencia de papá. Sin dudas, eso era lo que más me incomodaba. Cada vez que nos quedábamos de noche en el campo, no podía dormir. Mi hermano es un año mayor y se reía de mí. Su actitud era de escepticismo burlón. Mamá no decía nada. El abanico de reacciones familiares se disponía en mi contra y limitaba el espacio del que yo disponía para expresar mi angustia.

Con el correr de las semanas otoñales, el pasto del campo se fue apagando y fue deglutiendo el círculo frente a la casa hasta hacerlo desaparecer. Para cuando llegó el invierno, la mancha se había perdido en un mar amarillo de pasto. Eso nos ayudó a superar el tema. En mi caso, con la secreta esperanza de que fuera para siempre.

Con final del invierno, en casa estábamos muy felices con el inminente regreso del calorcito, de las flores y de las frutas en los árboles. De a poco, junto con el avance del sol, retomaríamos nuestras visitas al campo. La temporada de pileta no tardaría mucho más en comenzar.

Por eso fue desolador, con el regreso del verde, descubrir que el círculo amarillo frente a la casa permanecía inalterable. Parecía inmune a la primavera. En mi cabeza, no podía dejar de interpretarlo como un recordatorio, una advertencia o una amenaza. Una vez más, perdí la capacidad de dormir en el campo.

“Es una impresión tuya. Vas a ver que en unos días también se va a poner verde”, papá trataba de tranquilizarme. Sin embargo, con el pasar de las semanas, la frontera circular se hacía más nítida. Con una mano en la cabeza, papá terminó por reconocer que la mancha estaba de regreso, aunque de ningún modo accedió a mostrarse preocupado.

El fenómeno había llegado para quedarse. El año siguiente ocurrió lo mismo. El círculo se desvaneció con el avance del otoño, para recrearse más tarde con la llegada de la primavera. Era una porción de campo atrapada en el invierno.

Ahora, mientras cuento esta historia, es primavera otra vez. Es el tercer año que el círculo reaparece sobre el pasto frente a la casa del campo. De alguna manera, nos estamos acostumbrando a ese renacer. En mi caso, ya pude volver a dormir. Y la verdad es que nada malo ha ocurrido en todo este tiempo.

Tal vez sea esa resignación la que le permitió a papá cambiar su actitud frente a la mancha.

Hace un rato nos llamó a todos y nos dijo que tenía algo para decirnos. A medida que nos sentamos en la mesa redonda nos miramos con preocupación. Papá no era de hacer este tipo de ceremonias.

“Les pedí que nos reunamos porque tengo algo muy importante que contarles. Tiene que ver con la mancha frente a la casa del campo. Durante tres años, estuve reflexionando sobre cómo afrontar esta historia. En primer lugar, no estaba seguro de si debía hacerlo. Y en segundo, de hacerlo, no estaba seguro sobre cómo y cuándo. Hasta ahora, nadie más sabe de esto. Ustedes van a ser los primeros. Lo que voy a contarles es muy difícil de aceptar. No les pido que me crean. De hecho, ni siquiera les pido que se queden a escucharme. El que se canse de mi relato, puede levantarse e irse a dormir. Y nunca más hablaremos del tema.”

Papá hizo una pausa. Nos miró. Luego dirigió la mirada hacia la mesa, como buscando la estructura principal de la historia que estaba a punto de contarnos.

“No sé si lo recuerdan, pero hace tres años yo había ido al campo a hacer un arreglo en el techo de la casa. Eso fue justo antes de que la mancha apareciera.

La filtración era más grande de lo que había previsto y no pude terminar el trabajo. Para no demorar más el asunto, decidí quedarme hasta terminarlo. Eso significaba pasar la noche en el campo y retomar el trabajo al día siguiente, bien temprano. Eso me daría tiempo de llegar a horario al hospital.

Cuando se hizo de noche, me preparé una picada con el pan y el queso que había comprado en el pueblo. Tomé agua. La noche era calurosa y calma. Cuando terminé de cenar, saqué la reposera afuera y me senté en la zona del piso de ladrillos. Desde ahí, me quedé contemplando el cielo. La luna estaba casi llena y muy brillante. Yo trataba de no pensar en nada, pero no podía evitar que algunas cavilaciones se me filtraran. Pensaba en el arreglo del techo, en la cirugía del día siguiente y también en ustedes.

Sin demasiada conciencia, yo buscaba en el cielo alguna estrella fugaz. En un momento, detecté una luz que se movía muy lentamente. Además, me daba la impresión de que con el pasar de los minutos se iba agrandando. Llegó un momento en que comprendí que se estaba acercando. Luego de varios minutos más, la luz se convirtió en dos luces. Luego en tres. Luego en cuatro. Luego en una docena. Eran luces muy pequeñas. Luego pude identificar detrás de las luces un vehículo de forma circular que se seguía acercando en sorprendente silencio. Una avalancha de adrenalina me invadió cuando comprendí que el vehículo con forma de plato estaba directamente sobre nuestro campo y se disponía a bajar justo delante de mí, donde ahora está la mancha amarilla.”

Mamá rompió en llanto. Estaba muy nerviosa. No sé si por la historia que estábamos escuchando o porque temía que papá hubiera enloquecido. Luego de tranquilizarla un poco, papá volvió a decirnos que no teníamos necesidad de escuchar la historia y que él entendería si preferíamos irnos a dormir.

“Yo estaba petrificado. Sentía una sensacional mezcla de fascinación y miedo. El corazón me latía con mucha fuerza, pero de ningún modo consideraba la posibilidad de salir corriendo. A pesar de la tensión creciente, todavía era consciente de que estaba viviendo un fenómeno único que ponía a prueba mis más profundas convicciones. La experiencia ponía bajo fuego mis conocimientos científicos y mis creencias religiosas. Más que angustiarme, ese asedio existencial me excitaba, ya que significaba replantear los límites del cómodo mundo que me había construido.

El plato volador —no puedo llamarlo de otro modo— aterrizó justo frente a mí, a unos pocos metros de distancia. En todo momento me sorprendió la relativa calma. Durante unos minutos, la nave quedó apoyada sobre el suelo. Primero se apagaron las luces y luego dejó de hacer el más mínimo ruido, como si hubiera apagado el ‘motor’. Pasaron varios minutos más. Yo estaba inmóvil en la silla, mirando el espectáculo con máxima concentración.

Gracias a la luna, podía ver el plato con suficiente claridad. Tenía el diámetro de la mancha amarilla que ya conocemos. La altura del vehículo sería de unos tres metros. En ese momento me pareció gigantesco, pero si uno lo pensaba con frialdad no era demasiado grande. Tenía por lo menos una puerta y una línea horizontal de ventanas que parecía darle toda la

vuelta. De repente, la puerta comenzó a abrirse con lentitud de manera corrediza.

Del interior salieron dos individuos —no sé cómo llamarlos—, uno detrás de otro, y se pararon junto a la puerta. Vestían trajes, así que no pude verlos directamente. La forma de sus cuerpos era humanoide, como la nuestra. Tenían dos piernas, dos brazos, manos, cinco dedos por mano —esto lo vi después— y una cabeza. De haber tenido que apostar, hubiera dicho que eran humanos, pero en ningún momento pude comprobarlo. Quizás eran humanos, u otro tipo de humanos, o humanos de otro tiempo, o criaturas que se hacían pasar por humanos. Los trajes eran negros, cubrían todo el cuerpo y estaban hechos de un material raro —esto también lo vi después—. La cabeza del traje era diferente, más sofisticada, y eso me hacía suponer que, como nosotros, concentraban allí sus sentidos.”

Mamá volvió a romper en llanto. “No puede ser, no puede ser”, repetía sin consuelo. Esta vez no fue posible tranquilizarla y no quiso seguir escuchando. Se fue a su cuarto. Mi hermano, de difícil relación con papá en esos días, aprovechó el incidente para responsabilizarlo. Le dijo que no le creía ni una palabra y también se retiró a su cuarto. Quedé solo en la mesa. Papá me dedicó una mirada y yo se la devolví con seguridad. Prosiguió.

“Junto a la puerta, los individuos se quedaron quietos, orientados hacia mí. Yo también estaba quieto. La escena estuvo congelada un par de minutos. Por fin, uno de ellos hizo un gesto masomenos humano con sus brazos, invitándome a acercarme. Contra todos los pronósticos, mi corazón no estaba a punto de explotar como hacía unos instantes, sino que se había tranquilizado. Tal vez percibía que la situación no era peligrosa. O tal vez el momento de las decisiones había pasado. Entregado por completo a la experiencia, ¿qué sentido tenía preocuparme? Me levanté de la reposera, de modo reflejo miré los alrededores y me dirigí hacia ellos. Mi marcha era incómoda, como cuando uno se siente observado por mucha gente. Cuando estuve a un metro de distancia, me detuve. Les miré las cabezas. El traje no dejaba ver posibles ojos, bocas o narices. No pude adivinar ninguna reacción en ellos. Hicieron lugar para que pudiera pasar. Suspiré e ingresé a la nave.

Los individuos entraron detrás de mí. La puerta se cerró. Unas luces muy tenues se encendieron. Uno de ellos se adelantó y me indicó un asiento que estaba junto a una mesa. El lugar parecía una sala de reuniones, con una mesa en el centro y varias sillas alrededor. Me senté. Ellos también se

sentaron y lo hicieron como si fueran humanos. Luego de un rato en silencio, sentí que la nave despegaba con gran suavidad. No fue necesario que me abrochara ningún tipo de cinturón de seguridad.

Con el correr de los minutos, ya en el aire, las luces se fueron haciendo más intensas o mi vista se fue acostumbrando mejor al lugar. El interior no era muy diferente a nuestra idea de naves espaciales. El color predominante era el blanco. Había muchas pantallas. Lo que parecía un idioma en ellas me resultó irreconocible. Los individuos en ningún momento se sacaron los trajes, ni yo necesité dispositivos para respirar. Asumí que habían adaptado las condiciones de la nave a las mías.

Así permanecimos los tres, quietos y callados alrededor de la mesa. Los individuos parecían ser muy amables. Me sentía cada vez más tranquilo. Alentado por esa confianza, busqué captar su atención. Me señalé a mí mismo y a la ventana. Uno de ellos asintió y estiró el brazo habilitándome el paso en esa dirección. Fui hasta la ventana y miré a través de ella. Pude ver el contorno del continente sobre el Mar Atlántico, hecho de luces de variable intensidad. Pude identificar Buenos Aires, Río de Janeiro y, más hacia el interior, San Pablo. La vista era espectacular, un verdadero mirador desde el espacio. Según mi interpretación, la nave se movía a gran velocidad y nos íbamos adentrando en el océano.

Satisfecho con mi visita a la ventana, volví a la mesa. Me senté en el mismo lugar de antes. Uno de los individuos se levantó y fue hacia una habitación que supuse de comando. Adiviné que allí había otros individuos, pero nunca pude saber cuántos. El otro permaneció sentado, orientado hacia mí. Aproveché el tiempo que siguió para observar y reflexionar. Había mucha calma en la nave. Ninguno de los individuos había hablado, ni conmigo ni entre ellos. O se comunicaban sin hablar o sabían perfectamente qué hacer. Daba la impresión de que la experiencia les resultaba familiar y de que todo estaba bajo control. Las pantallas me hacían suponer que contaban con el sentido de la vista. Ellos sin dudas podían verme, aunque nunca pude ver sus ojos. Nada en la nave me parecía demasiado extraño. Volví a sospechar que eran tan humanos como yo. Lo que no podía comprender era el sentido de este viaje. ¿Por qué o para qué había sido invitado a subir a esta nave? ¿Por qué yo? ¿Hacia dónde íbamos? ¿Habría regreso? Aunque todavía me sentía un poco intimidado por la situación, crecía en mí la necesidad de expresar esas preguntas ante mis anfitriones.

El segundo individuo volvió a la mesa y se sentó. Permanecimos tranquilos, mientras yo juntaba valor para interrogarlos. Por fin me animé y les pregunté adónde estábamos yendo. De buen modo, uno de ellos me hizo un gesto con la mano que interpreté como “nada de preguntas, paciencia”. Por las dudas, insistí y le pregunté quiénes eran. El mismo individuo me respondió con el mismo gesto. No tuve más remedio que resignarme al silencio. Tal vez las respuestas llegarían más tarde, a su debido tiempo, sin necesidad de formularlas.

Mi ensimismamiento llegó a su fin cuando sentí que la nave comenzaba a descender. Pedí nuevamente mirar por la ventana, pero esta vez el permiso me fue denegado. El individuo usó el mismo gesto que antes. El descenso fue tan suave como lo había sido el ascenso inicial. Finalmente, sentí que tocábamos tierra.

Los individuos se pusieron de pie y comenzaron a prepararse para dejar la nave. Realizaron varias maniobras sobre los dispositivos que poblaban la nave. Cuando estuvieron listos, los dos de siempre me guiaron hasta la salida de la nave. La puerta se abrió, mientras las luces internas de la nave se iban apagando. Primero bajó uno de ellos, luego yo y por último el otro. A simple vista, me pareció que seguíamos en la Tierra. Era de noche. La luna estaba casi tan llena como antes. El clima también era similar al que habíamos dejado en Anisacate. La puerta de la nave se cerró detrás de nosotros. A lo lejos, pude divisar unas luces. Los individuos me invitaron a caminar en esa dirección.

A medida que nos acercábamos a nuestro destino, pude comprender que se trataba de un pueblo. La iluminación era primitiva. Era una serie de palos altos sosteniendo una llama. Supuse que el pequeño fuego se alimentaba de una tela mojada en kerosene. Cuando llegamos al pueblo, aparecieron circulando personas cuya piel era casi negra. De ningún modo se sobresaltaron al vernos. Como mucho, dejaron de hacer sus tareas, nos miraron y hasta en algunos casos nos saludaron con discreción. Yo estaba desconcertado. Durante el viaje me había imaginado muchas cosas, pero no esta. Continuamos avanzando a lo largo de lo que parecía ser la calle principal.

Por fin llegamos a una especie de choza grande que se destacaba sobre las demás. Entramos. Allí, sentado en la cabecera de una gran mesa, había un hombre fornido. Diría que era el líder del pueblo. Tenía una mirada profunda y confiable. Estimo que sus ropas exóticas pero austeras

eran típicas del lugar. Estaba secundado por otros dos hombres. Cuando nos acercamos, me saludaron —solo a mí— con tranquilidad, como si hubieran estado esperando este momento. Nos sentamos a la mesa.

El hombre principal se dirigió a mí en una lengua incomprensible. Yo le contesté que no podía entenderlo, tanto con mi lengua (intenté en varios idiomas) como con mis manos. Por supuesto, mientras tanto, en mi interior se multiplicaban las preguntas. ¿Sabía este hombre que los individuos vendrían? ¿Sabía que me traerían con ellos? ¿Tenía mi visita alguna clase de propósito específico? Si lo tenía, ¿por qué nadie había preparado nada para comunicarse conmigo? ¿Sería esta incomunicación parte del fin específico? En un tercer plano, yo monitoreaba a los individuos del plato volador. Me intrigaba saber si les interesaba de algún modo nuestro desencuentro lingüístico. Nada. Permanecían inalterables. Con tranquilidad, podrían haber estado dormidos (si es que hacían tal cosa). Durante la totalidad de la extraña reunión, no hicieron ningún tipo de intervención. Simplemente, estimo, observaron.

Luego de una hora de infructuosos intentos, el hombre principal parecía cansado. Sus silencios se fueron extendiendo cada vez más. Mi actitud no era diferente. Los individuos del plato percibieron el clima de agotamiento, así que se levantaron de la mesa y, con ese gesto, dieron por terminada la reunión. Los demás también nos paramos. El hombre principal se inclinó para despedirme. Yo repetí el gesto. En cambio, no hubo ningún tipo de saludo con los individuos. ¿No había necesidad de despedirse? ¿Tan familiares eran? ¿O acaso los individuos no practicaban la costumbre del saludo? Y en ese caso, ¿cómo lo sabía el hombre principal? Más y más preguntas sin respuesta venían a mi mente.

Uno de los individuos, estirando uno de sus brazos, me propuso emprender el camino de regreso. Volvimos hasta la nave por el mismo sendero que nos había llevado al corazón del pueblo. La gente, al vernos partir, adoptó la misma tranquila atención que nos había dispensado al llegar.

Reencontramos la nave. Subimos del mismo modo que lo habíamos hecho en Anisacate. También se repitieron el proceso de despegue y el viaje. Intenté algunas preguntas con los individuos, pero la única respuesta que obtuve fue el gesto excusatorio. Cuando estimé que no faltaba mucho, pedí mirar por la ventana. El permiso me fue concedido. Volví a ver las grandes ciudades de Sudamérica y, un rato más tarde, pude reconocer

Córdoba, Alta Gracia y, por último, las pequeñas luces nocturnas de Anisacate. Uno de los individuos se acercó y con un gesto me invitó a sentarme. El aterrizaje era inminente. Sentí como la nave se posó con delicadeza sobre el suelo. Los individuos se movilizaron como lo hicieron al llegar a la tierra que estimé africana. Cuando todo estuvo listo, bajamos de la nave. Estábamos en el mismo punto del comienzo.

Caminé hasta el suelo de ladrillos frente a la casa. Mi reposera estaba ahí, sola, tal cual la había dejado. Todavía de pie, me di vuelta. Los dos individuos estaban junto a la puerta, como cuando los vi por primera vez. Con un gesto algo oxidado, me saludaron. Respondí el saludo y le agregué una sonrisa. Los individuos subieron a la nave. La puerta corrediza se cerró. Las pequeñas luces se encendieron. La nave levantó vuelo y se fue, con la misma suavidad con la que había llegado.”

Papá estaba visiblemente emocionado. Tenía los ojos vidriosos, pero no quería quebrarse. Me miró muy fijo. El relato no había terminado.

“Cuando la nave ya había desaparecido, suspiré muy profundo. Repasé con estupor lo que acababa de ocurrirme. Luego me di vuelta para entrar a la casa. Pero no pude. Un individuo como los de la nave estaba parado justo frente a mí, a no más de medio metro de distancia. Permanecimos frente a frente durante unos instantes. Con gran lentitud, él levantó su mano frente a mí. De ella, estiró el dedo índice y lo apoyó con cuidado en mi frente. De repente, una gran ráfaga eléctrica sacudió mi cuerpo. Fue justo después de eso que me desperté, transpirado, en la cama”.

Viaje con el Indeseable

Bien sabemos lo desagradable que resulta encontrar a ciertas personas (de ahora en más, el Indeseable) en un transporte público. Muchas veces, el desagrado responde más a nuestro estado de ánimo que a la persona encontrada. Eso no convierte el acontecimiento en menos dramática.

Una situación curiosa e incómoda se da cuando percibimos que la otra persona tampoco se alegra de habernos encontrado. Sin embargo, rara vez ocurre que uno de los dos decide practicar el realismo, la honestidad y la generosidad.

Años de viaje en el transporte público me han enseñado que existen decenas de recursos que nos ayudan a evitar viajar con el Indeseable. Y años de reflexión me han señalado que esos recursos pueden ordenarse en tres grandes grupos y utilizarse escalonados a medida que nuestros esfuerzos se van demostrando estériles: evitar, escapar y sobrellevar.

Evitar. Dado que “es mejor prevenir que curar”, la primera serie de recursos está orientada a evitar el encuentro con el Indeseable. Para lograrlo, será importante que lo veamos antes de que él nos vea a nosotros.

Una vez que hayamos divisado al Indeseable evaluaremos si vale la pena tomar el riesgo de viajar en el mismo vehículo (cualquiera sea este) o si, en cambio, esperaremos el próximo. Es muy importante tener en cuenta que la espera podría exponernos a otras versiones mucho peores del Indeseable. En el caso de seguir adelante, caminaremos a paso vivo tan alejados de él como nos sea posible, con la mirada clavada en el suelo. Si estamos esperando el colectivo, lo más seguro será esperarlo a la vuelta de la esquina. Si se trata de un tren, iremos hasta el extremo más lejano del andén. Cuellos en alto, bufandas y gorros son recursos válidos, aunque pueden despertar sospechas cuando se utilizan en pleno verano.

El momento más crítico se nos presentará cuando no podamos evitar las intermediaciones del Indeseable. Por ejemplo, si éste se encuentra reposando cerca de la parada, la boletería o el acceso al andén. Ante esta situación, profundizaremos las puntas de pie, la respiración contenida y la mirada a ciento ochenta grados. Y buscaremos una velocidad óptima que

nos permita alejarnos lo más rápido posible de él, aunque sin llamar demasiado la atención.

Si el Indeseable no quiere viajar con nosotros, colaborará de manera tácita. En cambio, si nos ve y desea hacerlo, comenzará a llamarnos en un tono de voz creciente. Bajo ningún punto de vista volveremos la mirada, ni siquiera si los llamados se convierten en gritos pelados. Por el contrario, aceleraremos nuestro ya acelerado paso y fingiremos sordera. Si llegáramos a escuchar que comienza a correr, no dudaremos en correr también. Esto suele dar buenos resultados en el caso de un colectivo, ya que las calles de la ciudad ofrecen generosos espacios, pero si estuviéramos en un andén de trenes, nos veremos obligados a elegir entre dos opciones francamente desalentadoras. La primera, resignarnos al viaje compartido. La segunda, arrojarlos a las vías del tren, para volver más tarde y subirnos a la próxima formación. En el caso del subte, estaremos perdidos.

Escapar. El Indeseable nos ha capturado. No tenemos más remedio que avanzar hacia el siguiente conjunto de recursos, cuyo eje central se sustenta en la idea de escapar. De otro modo, nos veremos obligados a mantener una conversación que no nos interesa, quizás durante decenas de minutos.

Para comenzar, contamos con el ya mencionado recurso de la honestidad descarnada. La mentira piadosa también es una alternativa, más amable si se quiere, pero menos digna de orgullo. La siguiente opción, bajarse, también está siempre disponible. Ya lo dice Epícteto: “Recuerda lo esencial, la puerta está siempre abierta”.

El caso de escape más complejo es, sin dudas, el colectivo, donde no encontraremos muchas escapatorias. En general, el Indeseable se percatará de que queremos evitarlo si le decimos que vamos a “buscar un asiento en el fondo”. La situación se tornará más evidente todavía si, luego de ello, nos quedamos en el fondo, a escasos dos metros de distancia.

Cuando viajamos en tren, es clásico el recurso de “me bajo en la próxima”. Consiste, en efecto, en bajarnos en la próxima estación y movernos hacia otro vagón de la misma formación. Es importante tomar en cuenta la posibilidad de que la otra persona nos reencuentre, ya sea al bajar o antes, quizás por efecto general de las famosas Leyes de Murphy. De darse esta circunstancia, nos veremos obligados a fingir amnesia, desmayo o, si no quedaran más opciones, a desatar alguna clase de escándalo público.

Sobrellevar. Por diferentes razones, a veces lo indispensable resulta también imposible. Un último recurso, descartada la escapatoria, consiste en volver beneficioso lo inevitable.

La primera de las alternativas consiste en intentar estrechar lazos, de una vez por todas, con el Indeseable. Quizás debajo de este sujeto decadente e hipócrita se esconde un gran corazón que espera con ansias ser descubierto.

Si bucear en las profundidades del Indeseable nos resulta demasiado ambicioso, entonces nos limitaremos a intentar venderle algo. Esto es lo que hacen todos los comerciantes, así que no hay razón para sentirse culpable.

Si no contamos con ningún producto para vender, entonces adoptaremos al Indeseable como campo de trabajo para nuestro desarrollo personal y/o profesional. Si somos psicólogos, escarbaremos sin reservas en los rincones más oscuros y frágiles de su mente. Si somos actores, le relataremos historias increíbles y las sostendremos hasta las últimas consecuencias. Etcétera.

En resumen, se trata de una excelente oportunidad para extralimitarse, posibilidad de la cual no siempre disponemos.

El camino sagrado

Para Gonza.

Los cuarenta y cinco días de peregrinaje a lo largo del Camino de Santiago habían dado sus frutos: una alemana, una australiana, una gallega, una brasilera, una italiana y —atención— una japonesa.

En el Camino, yo no era Juan José Sosa. Tampoco era Juanjo ni el Rosarino, como me llamaban los muchachos en Buenos Aires. Era, simplemente, el Ancho.

El sobrenombre me lo habían puesto dos porteños. Según dijeron, me habían “honrado” con un apodo porque les caía bien. Estaban bastante dementes y habían identificado a todos con apodos. Además de mí, estaban los Gallegos (un grupo de tres españoles de cierta edad), la China (una mujer de Hong Kong), Ortiba Uno, Ortiba Dos y Ortiba Tres (tres australianas que no les daban ni la hora), Plinio el Viejo, Biarru Uno, Biarru Dos, Carilinda, las Danesas, las Habladoras, el Indio (un inglés de piel oscura que cantaba bastante bien), los Coreanos y Mateyko (una alemana cuyo nombre era Mareike), a quien por lo general llamaban simplemente el Muñeco.

El caso de los Coreanos merece un comentario aparte. Se trataba de un equipo de producción de televisión, venido desde Corea del Sur, que filmaba una especie de *reality show* sobre dos antiguas estrellas del pop coreano durante su larga marcha a Santiago. El despliegue era desmedido. Serían unas treinta personas y contaban con camionetas de alta gama, cámaras de todo tipo y varios drones. Todos vestían ropas nuevas cuyo color predominante era el negro. Para no broncearse, usaban pantalones, mangas largas y se cubrían la cara con pañuelos.

La presencia de los Coreanos era permanente, invasiva y molesta. Aparecían y desaparecían de improviso, como un enjambre negro. Las camionetas llegaban a gran velocidad, paraban en algún punto casi siempre cercano al resto de los peregrinos y todo el equipo de producción bajaba, montaba el set de filmación y se ponía manos a la obra. Algo particularmente fastidioso eran sus drones. No solo perturbaban a los peregrinos con su zumbido rasante, sino también con sus recurrentes

vulneraciones a la privacidad. Ese sentimiento de contrariedad era compartido por casi todos los peregrinos.

Los porteños eran una excepción y la situación les causaba mucha gracia. La consideraban “increíblemente bizarra”. Además, cuando un dron aparecía en escena, le arrojaban piedras. Y, durante el Camino, también lanzaban piedras a todo tipo de blancos improvisados, con el objetivo de “mejorar la puntería para cuando algún dron vuelva a aparecer”. Yo les preguntaba si no temían la reacción de los Coreanos. Ellos estaban seguros de que tal cosa no ocurriría. “Lo único que los Coreanos podrían (y quizás deberían) hacer es cagarnos a trompadas, pero son demasiado civilizados como para eso”, me aseguraban confiados.

Las estrellas superfamosas del pop coreano resultaban bastante deprimentes. ¡Tener que hacer todo eso por una migaja de fama o dinero! La impresión de decadencia se pronunciaba por la exageración innecesaria. Fotos antes de salir, plegarias de rodillas frente a las cámaras, equipamiento pomposo, marcas de los patrocinadores bien a la vista; pero sobre todas las cosas, montaje. Las Estrellas ni siquiera hacían el Camino, sino que iban en las camionetas y, de a tramos, se bajaban para simular los avances.

Es cierto que los *guiris* (la manera en que los españoles llaman a los *gringos*), como los Coreanos, también exageraban con su exceso de equipamiento, planificación e información, pero al menos caminaban, hacían todo el Camino como Dios y Santiago mandaban. Esa diferenciación no significaba absolver a los *guiris*, quienes muchas veces parecían hacer el Camino más para tener algo que contar que para su propio goce.

Los *guiris* eran fácilmente identificables. Grandes zapatillas de trekking, medias altas, bermudas, camisas manga corta (casi siempre, a cuadros), mochilas profesionales y, no pocas veces, sombrero. Y, sobre todo, bastones de senderismo. “Los bastones permiten una descarga del peso hacia ellos de hasta un veinte por ciento”, aseguraba el Muñeco, una *guiri* hecha y derecha. El equipamiento lucía, por lo general, en adecuados tonos de verde, marrón y otros colores modernos similares, por si llegara a ser necesario mimetizarse, supongo. Las marcas preferidas eran Quechua, Columbia y The North Face. Las mochilas, sobrecargadas, a menudo contaban con elementos como bolsa de dormir, colchoneta, al menos un litro y medio de agua, medicinas varias, linterna y la guía de viaje Lonely Planet. No era de extrañar que ese equipaje desbordante produjera desmanes físicos. Los dolores, sin embargo, eran funcionales a la búsqueda

de historias arriba mencionada. Ser rubio y de andar mecánico, sin dudas, también ayudaba a la identificación.

Si algo atormentaba a los porteños no eran los drones coreanos, sino la posibilidad de ser tomados por guiris. A cada español que se cruzaban le preguntaban si, en su opinión, ellos debían asumir su condición de guiris. La mayoría de los españoles les explicaba que no y les describía los elementos clave que definían a un verdadero guiri. Ya tranquilizados, los porteños buscaban saber si entonces debían considerarse *sudacas*. Según los españoles, tampoco eran sudacas. “Los argentinos somos argentinos”, concluían los porteños con ese esperable orgullo que raya la arrogancia.

Para ir alimentándose durante la larga marcha, los guiris llevaban abundante fruta en sus ya pesadas mochilas. Bananas y manzanas, aunque también frutos secos. Con los porteños, en cambio, preferíamos la sutil belleza y practicidad del sánduche de jamón crudo y queso, la tortilla o el bizcocho, comprados en los pequeños pueblitos españoles que se esparcían por el Camino como destinos parciales o paradas de descanso. También había sánduches de tortilla y hasta de rabas, pero con los porteños considerábamos estas últimas combinaciones como “simples aberraciones”.

Mi ropa y mi equipamiento eran de lo más normales. No había comprado nada especial para afrontar esa caminata de casi ochocientos kilómetros. Tenía las zapatillas que habitualmente usaba para ir a correr, unos pantalones de gimnasia, remeras comunes y corrientes, un buzo y la mochila de siempre. Los porteños, ni siquiera eso. Iban en jeans, zapatillas Converse y mochilas remendadas, como si estuvieran en Buenos Aires y no en el medio del campo español.

Quizás por eso, los porteños iban más lento que el resto, aunque la razón también podía ser su animada conversación, permanente y cargada de una pronunciada gestualidad. Por la mañana, salían más temprano y yo recién los alcanzaba a mitad de camino. Seguramente lo hacían porque, a pesar de su notable despreocupación, sabían muy bien que retrasarse demasiado significaría tener que vérselas con el sol fulminante del interior ibérico. Cuando a media mañana se daban vuelta y me veían venir, se detenían para esperarme y me recibían con gran entusiasmo. “¡Eeeeh, Ancho! Vení papá, sumate al mejor equipo del mundo”, me gritaban desde lejos y se reían con ganas. Yo me acoplaba con gusto y, de hecho, la mitad del Camino junto a ellos se me hacía más corta, a pesar de que hacía más calor, estábamos más cansados e íbamos más despacio.

El tema de conversación que más les interesaba era el de las chicas del Camino y siempre me preguntaban sobre “mis puntas”. “Si nos organizamos, ...”, era su filosofía de cabecera. A pesar de (o debido a) sus excentricidades, es justo decir que les iba bastante bien con las peregrinas.

A propósito de esta última palabra, debo confesar que el término “peregrino” y sus derivados siempre me han causado una enorme gracia. Cada vez que lo utilizo no puedo evitar hacerlo con una cierta ironía.

Ese contexto variopinto fue el que me acompañó desde Saint Jean Pied de Port, en Francia, hasta Santiago de Compostela. El esfuerzo físico, más allá de las exageraciones tan presentes entre los peregrinos, había sido real. Por eso, cuando llegué a Santiago no pude menos que emocionarme. A la ya habitual extrañeza de entrar caminando a una ciudad, se sumó la dramática certeza de saber que era la última.

La felicidad era tan grande que el dolor físico se diluyó hasta volverse insignificante. Bajo ese efecto analgésico que producía la misión cumplida, desemboqué desde las afueras de la ciudad hasta la Praza do Obradoiro, donde me tiré al piso para descansar junto a muchos otros peregrinos que también acababan de llegar. Desde ese suelo con sabor a realización, me dejé impresionar por la monumental Catedral de Santiago.

Así me hubiera quedado toda la tarde, si no fuera porque los porteños insistían en que fuéramos a almorzar pulpo a la gallega. Parecía ser lo único que les importaba. No había en ellos emociones especiales, ni muestras de cansancio, ni entusiasmo adicional al que expresaban día a día durante la caminata. Era como si ya hubieran digerido la felicidad de llegar aun antes de hacerlo, quizás porque lo daban por descontado. O como si sus prioridades fueran diferentes, más distribuidas y menos eventuales. Parecían encarnar en profundidad la máxima que alecciona sobre la importancia de disfrutar los caminos antes que las llegadas.

Nos sentamos en un restaurante. Para celebrar nuestro arribo triunfal a Santiago, los porteños pidieron vino adicional y me invitaron el almuerzo, a pesar de mi oposición estéril a ambas iniciativas. Como era previsible, terminamos con un mareo “de la ostia”. El calor cerril de la tarde pronunció el aturdimiento. Privados de una claridad mental envidiable, decidimos volver a la Praza, en cuyo suelo nos recostamos, pero esta vez para dormir una siesta tan merecida como impostergable.

Solo el frescor de la tarde logró despertarnos, varias horas después. El sol ya no pegaba en la Praza. Todo se veía diferente, excepto la fila de

visitantes a la catedral que parecía ser permanente y se extendía dentro de un clásico laberinto de vallas. La observamos durante varios minutos. Avanzaba con demasiada lentitud y no parecía hacer diferencia entre niños, adultos y viejos, ni tampoco entre peregrinos colapsados que recién llegaban a pie y turistas burgueses que vestían sus mejores ropas. Supusimos que las personas en la fila buscaban conocer el interior de la catedral. Decidimos que haríamos la visita al día siguiente, bien temprano, antes de que el sol y los nuevos peregrinos llegasen.

La noche pasó y un nuevo día se abrió ante nosotros. Llegamos tarde a la fila frente a la catedral, como a las once de la mañana. Las razones fueron varias, pero la verdad era una sola, la cultural impuntualidad. Los Esperadores en la fila se contaban de a decenas y, con el correr de los minutos, estimamos que tendríamos que esperar por lo menos dos horas. Ya no había margen para volver atrás. Esperaríamos.

Los porteños eran adeptos a la lectura. Uno de ellos descargó el artículo de Wikipedia sobre la catedral y se puso a leerlo en voz alta. El artículo era bastante insoportable, pero la espera lo era aún más, así que podría decir que hasta lo disfrutamos. De alguna manera que ya no recuerdo, la lectura derivó en el wikiartículo sobre Napoleón. Y de ahí, de un modo todavía más misterioso, descendió hasta un desopilante artículo de la Revista Anfibia titulado *¿Puede una hinchada putear a sus propios jugadores?*.

Mientras las lecturas transcurrían, nos sobresaltó un tumulto en la fila, detrás. Dos de los Esperadores habían comenzado a pechearse y gritar, mientras las personas a su alrededor trataban de calmar los ánimos o apoyaban de manera confusa a alguno de los contendientes. Al parecer, uno de ellos había intentado colarse. Después de algunos forcejeos, la situación pareció normalizarse. Pero unos minutos más tarde, cuando ya habíamos olvidado el incidente, la refriega resurgió y, justo cuando giramos para ver qué estaba pasando, fuimos testigos privilegiados de cómo el puño de uno de los posibles devotos de Santiago impactaba de lleno en la cara redonda y roja del otro, a quien solo la contención de la muchedumbre le evitó una caída de nocaut. La masa de supuestos fieles bramó, quizás conmocionada por ese demoledor gancho derecho, pero también buscó separar a los contendientes y evitar más violencia. “¡Queremos sangre!”, gritó uno de los porteños. Alguien llamó a la policía. Un oficial se acercó y, con un desgano inmenso, intentó comprender lo que ocurría. Posiblemente sin lograrlo, y

viendo que todo parecía bajo control, dio un par de indicaciones muy generales y se retiró.

Una cuestión un tanto indigna a destacar es que no estábamos seguros sobre qué nos esperaba en la catedral. No se trataba, simplemente, del ingreso al edificio, ya que antes de sumarnos a la fila habíamos descubierto otras tres entradas que no requerían de una espera para ingresar. En la búsqueda de una explicación, encontramos plausible estar a las puertas del mismísimo santo sepulcro de Santiago. Hasta quizás estuviera embalsamado y expuesto como Lenin en la Plaza Roja de Moscú. Con un poco de vergüenza, se lo preguntamos a las personas que teníamos detrás. Para ellas, era el ingreso a la catedral, y desconocían las otras entradas. Los de adelante no estaban seguros. Los del costado opinaban que era el santo sepulcro de Santiago. Los del otro costado mencionaron la Iglesia Primitiva, aunque no sabían muy bien de qué se trataba. Dios mío, perdónanos, porque no sabíamos lo que hacíamos. Al menos, la espera tenía el sabroso condimento de la sorpresa.

Por fin, llegamos a las primeras posiciones y los guardias nos habilitaron el paso. Siempre afuera de la catedral, subimos unas escaleras hasta un piso superior, donde había una especie de terraza lateral externa. En ella, había una gran superficie, unos grandes portones cerrados y un gran televisor que proyectaba imágenes sobre la restauración de unas esculturas, sin sonido ni subtítulos. Los Esperadores se agruparon frente a la pantalla, en silencio. Los porteños estaban inquietos. “No esperamos dos horas para ver una pantalla”, murmuraban, mientras iban y venían sobre la superficie. Un par de veces, empujaron los portones, pero un guardia les advirtió que no volvieran a hacerlo. La espera en la terraza se prolongó durante unos diez minutos. Luego, un guardia abrió uno de los portones. Los Esperadores anteriores salieron del interior de la catedral y por fin llegó nuestro turno de acceder al misterio.

El Pórtico de la Gloria era la obra para la cual habíamos esperado casi dos horas. Un conjunto escultórico de estilo románico realizado por el Maestro Mateo durante el siglo XII, en el cual se buscó representar la Jerusalem Celeste. Había sido restaurado durante casi nueve años y ahora se abría al público para su deleite. ¡Qué decepción! No es que la obra no fuera de nivel o que Mateo no fuera un verdadero maestro, sino más bien que teníamos una gran ignorancia en la materia y una absoluta falta de precisiones sobre lo que nos esperaba. El Pórtico de la Gloria era, sin dudas,

un nombre que no ayudaba a satisfacer expectativas. La decepción del resto de los Esperadores no me pareció menor.

No era posible tocar El Pórtico ni tomarle fotografías. Para asegurarse de ello, había dos guardias de seguridad que, ubicados bajo la escultura, miraban hacia los portones de entrada. Detrás de El Pórtico, una cinta blanca separaba la obra del resto de la catedral.

Apreciamos la obra durante unos minutos. Luego sobrevino una situación un tanto extraña, dado que no sabíamos muy bien qué más hacer. Los Esperadores que nos acompañaban parecían estar en una situación similar, ya que no miraban El Pórtico, sino que conversaban entre ellos o miraban sus teléfonos. Afuera, mientras tanto, el estoico resto de los Esperadores soportaba el dolor de los pies cansados y comenzaba a calcinarse con el sol de la tarde.

Ante la situación insostenible, los porteños intentaron abrir uno de los portones para marcharse, pero uno de los guardias se los impidió. No podían irse, debían esperar al fin de la visita y salir junto con el resto. Le preguntaron entonces si podían cruzar la cinta blanca y pasar hacia la catedral. La respuesta fue “no”, esta vez sin explicaciones adicionales. Los porteños no estaban demasiado habituados al concepto de “no”. Visiblemente molestos, rodearon El Pórtico, pasaron por detrás del otro guardia, cruzaron la cinta blanca y se perdieron entre las veintenas de turistas que habían accedido a la catedral por alguna de las otras puertas. La maniobra evasiva me pareció trivial, así que repetí el movimiento y logré liberarme de El Pórtico y su burocracia.

Hice una caminata vacía por el interior de la imponente catedral. En una de las tantas minicapillas contiguas al corredor lateral, se celebraba una misa en polaco. Hacia el final del corredor, se levantaba un gran proyecto de restauración sobre una de las paredes. El ambiente era muy dinámico. Llegando a la zona del altar, había una pequeña fila de personas y los últimos eran los porteños. “Anchooo, maestrooo”, me invitaron con señas a sumarme, cosa que hice sin cuestionarme, pues ya había asimilado la discutible costumbre de dejarme arrastrar por sus ocurrencias. Les pregunté para qué era la fila, pero entre risas reconocieron que no lo sabían. No habíamos aprendido la lección.

Delante de nosotros, a una mujer de acento argentino le sonaba el teléfono. No solo tardaba en reaccionar, sino que además lo atendía. “Ya te dije que ahora no puedo, ¿por qué me llamás de nuevo? No, decile que no,

ahí no lo va a encontrar, a ver, pásamelo...”. De ese modo, el diálogo se reabría de manera incesante, ante la mirada descalificatoria del resto de las personas de la fila. Ante la tercera llamada, un guardia intervino en la escena y, con un gesto desaprobatorio, le pidió que apagara el teléfono. “Bueno, te dejo, te dejo, porque hay un guardia acá que no me deja hablar... sí, fijate ahí donde te dije, sí, ahí, detrás de la mesada... chau, chau, te dejo, un beso a Mario, chau”.

Por suerte, la fila no solo era corta, sino que avanzaba muy rápido. Pude percibir que subía hacia un área justo detrás del altar. Cuando llegamos arriba, quedamos pasmados. De a uno, los fieles pasaban al corazón de la estructura y abrazaban, desde atrás, un busto bastante grande del mismísimo Santiago. Los porteños se habían tentado, pero eso no les impidió brindarle un largo y sentido abrazo al apóstol. Yo me sentía un poco incómodo con la propuesta, así que cuando llegó mi turno, pasé, eché un vistazo a todo el pequeño sector y seguí de largo. Elegí pensar que el pobre santo valoraría mi gesto de ahorrarle, al menos, uno de los tantos abrazos caraduras a los que vivía sometido sin descanso.

Superada la prueba del abrazo, nos sentamos en uno de los bancos de las primeras filas, más para descansar que para entregarnos a la oración. Desde allí, podíamos ver los bracitos de los fieles aparecer sobre el pecho de Santiago, situado en lo alto del altar. Nos quedamos en silencio varios minutos, como si estuviéramos reflexionando.

De repente, los porteños intercambiaron unas palabras en voz baja que no llegué a descifrar. “Ancho, ¿rajamos de acá y vamos a comer un pulpito a la gallega?”, uno de ellos me aclaró la cuestión.

Esa tarde fue la última en Santiago y también la última del Camino que compartí con los porteños.

Volví a verlos tiempo después, en Buenos Aires. Almorzamos juntos. Los tres estábamos inquietos, preocupados por las tareas pendientes que nos estaban esperando. Más todavía, sentía que no estábamos realmente en la mesa del restaurante. Con tristeza, comprendí que nuestras vidas ya no eran las mismas, ni volverían a serlas. Otro era el lugar, otras eran las circunstancias. Quizás como una consecuencia, ellos eran otras personas. Y yo también lo era.

Por fin, el fin

Cómo contactarme

- Web. Versiones digitales de mis libros, descargables en forma gratuita.
jmguerrera.com.ar
- Blog. Los relatos de este libro, traducciones y más, listos para compartir.
jmguerrera.medium.com
- Email. Contame qué te pareció el libro.
jmguerrera@gmail.com
- Instagram. A veces, hago sorteos de libros.
[@jmguerrera](https://www.instagram.com/jmguerrera)
- WhatsApp.
[+54 9 11 2283 9356](https://wa.me/5491122839356)

Podés ayudarme mucho si

- Me escribís y me contás con total honestidad qué te pareció el libro. Sin dudas, tanto las críticas positivas como negativas me ayudarán a mejorar en el futuro. Los puntos que siguen son solo relevantes si el libro te gustó.
- Contribuís con este “libro a la gorra” (ver página 1).
- Te sumás a la financiación colectiva (*crowdfunding*) de mis próximos libros:
 - Comprando libros firmados por adelantado.
 - *Acompañando* algún relato de mis próximos libros. De esta forma, podrás cumplir el siempre postergado sueño de convertirte en un (mini) mecenas. Ejemplos de este formato ya pueden encontrarse en este mismo libro, como nota al pie al final del primer relato.
- Hacés circular este libro. Y los anteriores que tengas, también.

- Me ayudás a repartir libros entre tus amigos lectores. Puedo darte un pilón.
- Compartís en redes sociales:
 - Tus cuentos favoritos. Los encontrás publicados en mi blog, ¡googlealos!
 - Una foto del libro.
- Dejás una crítica del libro en plataformas como GoodReads.
- Me ponés en contacto con alguna editorial a la que pueda interesarle publicar este libro, los anteriores o los próximos.
- Me ayudás a revisar/corregir mis próximos libros.
- Me ayudás a traducir relatos.

Libros de mi autoría

1. *Punto Rosalía*
2. *Una aventura miserable*
3. *Esto no va a ser fácil*
4. *Sucesión de despertares en una ciudad desconocida*
5. *Libro del futuro*
6. *La ansiedad detrás de todo*
7. *Expulsado del País de los Lectores*
8. *Entrada digna a los mares del Sur*
9. *India piramidal*, se publicará a fin de 2023.

Libros selección de mi autoría

10. *La maldad imperceptible*
11. *Los malditos genios*
12. *Demasiado ruido en la mañana*
13. *Viaje de regreso a las postales*

Pueden descargarse gratis en mi Web.

Ilustración de tapa

El autor de la maravillosa ilustración de tapa es Mariano Jofré. Su cuenta de Instagram es @jofremariano

Agradecimientos de esta edición

*“Agradece a la llama su luz,
pero no olvides al pie del candil que, constante y paciente, la sostiene en la
sombra.”
Rabindranath Tagore*

A los lectores, por su apoyo.

A María Mercedes Guerrero, Mer, mi hermana, por revisar mis textos y por ayudarme a buscar la profundidad que puede llegar a haber en ellos. Es escritora, recomiendo sus libros.

A Oto, por ayudarme en cada uno de los aspectos de este libro. Sin su ayuda, todo sería más difícil.

A Mariano Jofré, por encargarse de que las tapas del libro sean hermosas. Su humildad y generosidad son admirables.

A Gaby, Gabriel, Silvina, Luca y Mariana, por ayudarme en varios de los frentes del libro.

A quienes me ayudaron a traducir algunos de los escritos a otros idiomas. Esas traducciones están disponibles en mi blog.

A mis viejos, los incondicionales.

A quienes todavía no me ayudaron, pero que pronto lo harán.

Breve biografía

“...no hay desnudez más genuina y terrible que la expresión artística, si es auténtica; toda obra de arte es una autobiografía, no en el sentido literal de la palabra, sino en el sentido más profundo y grave: un árbol de Van Gogh es Van Gogh, es su propia y desnuda alma ante nosotros.”

Ernesto Sabato

Si Sabato está en lo cierto, podrán conocerme más leyendo los cuentos de este libro que las pocas líneas que siguen. Aun así, voy a escribirlas, porque mis consejeros más comprometidos insistieron con que “me deje de joder con Sabato y Van Gogh, la gente quiere datos concretos”.

Siempre escribí. Primero, lo hice muy informalmente, con humildes fotocopias, luego en un periódico barrial y más tarde en un par de blogs. Entre 2016 y 2023, publiqué doce libros (ocho originales y cuatro selecciones).

Nunca participé de un taller literario. Eso quizás explique el resultado de este libro, sea cual sea. No es que me oponga a hacerlo, todo lo contrario, pero siempre que dispongo de tiempo para la literatura, prefiero dedicarlo a escribir o a leer.

Tampoco me opongo a publicar con una editorial, pero el trabajo de encontrar una es un proyecto en sí mismo, por lo general arduo y poco relacionado a la literatura. Por suerte, o por determinación, existen caminos alternativos.

Al comienzo, solía participar de concursos literarios. Pero ya no lo hago, por varias razones, como lo tedioso de los procesos de participación y mi desconfianza instintiva e injustificada hacia los jurados.

Por eso, o porque no soy tan bueno, no he ganado premios ni reconocimientos por el estilo. Eso no me resulta importante, pero son cosas que suelen mencionarse en las biografías.

No vivo de la literatura. Eso me facilita escribir y publicar con una enorme libertad, sin ningún tipo de condicionamiento.

Ahora sí, los datos concretos. Nací en Palermo, Buenos Aires. Crecí en el conurbano, en San Andrés, mi barrio. Allí fui parte del Colegio Agustiniano, del Club Tres de Febrero (donde me recibí de Guardavidas), de la Biblioteca Diego Pombo y de la agrupación Vecinos de San Andrés. Más tarde me recibí de Ingeniero en Informática (UBA). En paralelo,

aprobé el primer año de Ciencias Políticas (UBA). Ya recibido, fundé una pequeña empresa junto a mi amigo Mariano, Drupal Soul. Durante los últimos años, pude hacer muchos viajes en América, Europa y Asia. Y también estuve aprendiendo a bailar tango.

Por último, lo más importante: estoy muy feliz de escribir, publicar y compartir este libro con ustedes.

Licencia de Cultura Libre

Esta edición se publica bajo una *Licencia Creative Commons* muy abierta que califica como *Licencia de Cultura Libre*. Esto significa que, bajo los términos de esa licencia, por ejemplo, este libro puede ser fotocopiado o editado libremente, inclusive con propósitos comerciales.

Esta obra está bajo una Licencia Creative Commons Atribución - CompartirIgual 4.0 Internacional. ¡Esta es una Licencia de Cultura Libre!

Burocracia

Uno de los aspectos positivos de la auto-publicación es que puede darse a la burocracia el lugar que se merece: el peor de todos. Que no es el final, sino justo antes.

Primera edición impresa. Editado por Juan Manuel Guerrero en San Andrés, Buenos Aires, Argentina, durante marzo de 2023. Impreso en Argentina. Queda hecho el depósito que establece la Ley 11.723.

Si ya terminaste de leer el libro, por favor pasalo. Yo me comprometo a seguir imprimiendo ejemplares hasta El Último Día, todos los que pueda, para que alguno de ellos vuelva a llegarte.

Notas

[←1]

En parte, podés leer este relato gracias a Febo, quien *acompañándolo* contribuyó a financiar la impresión de este libro. Si querés acompañar un relato de mis próximos libros, buscá más información al final, en la sección *Cómo colaborar*.

[←2]

Este cuento fue originalmente publicado bajo el insípido título de *La cena*.